

## CONCURSO DE CUENTO Y POESÍA “LETRAS DE CHILE” 2014



La Corporación Letras de Chile<sup>1</sup> recibió 114 cuentos y 85 trabajos en el género de poesía, para el Concurso de Cuento y Poesía “Letras de Chile” 2014. Felicitamos a l@s ganador@s, agradecemos a tod@s l@s participantes el envío de sus textos y los instamos a que sigan escribiendo.

---

<sup>1</sup> Letras de Chile, un proyecto cultural

Letras de Chile es una corporación de derecho privado que obtuvo su personalidad jurídica a fines del año 2000, con la finalidad de “contribuir al desarrollo de la cultura nacional, fundamentalmente desde la perspectiva del fomento del libro y la lectura, buscando la integración de los escritores como entes activos al proceso de difusión de la literatura, y desarrollando el trabajo conjunto de agentes culturales relevantes, tales como: profesores, bibliotecarios, periodistas, académicos, investigadores, críticos, editores, librerías y distribuidores”.

# **CUENTO**

## Los Querubines

### Primer Lugar

***Por Katiuska Oyarzún***

María Licanqueo fue al cine sólo una vez y vio, en esa ocasión, tres películas de una sentada, todas de Joselito. La mañana del 28 de diciembre de 1959, amaneció con contracciones espantosas y la certeza del parto se instaló en su cuerpo interfiriendo el paso a sus deberes de china. Aunque jamás había visto al médico, sabía que eran dos, los había sentido desde el principio y se lo garantizaba el historial de embarazos múltiples en su familia. Eran dos angelitos. Al enterarse de sus dolores, el patrón llegó hasta la choza, le puso unos billetes en la mano y la mandó a la ciudad pues, según él, estaba harto de indias pariendo guachos muertos en su campo. Ella pensó que daría a luz en la micro, pero al llegar al hospital la matrona le diagnosticó dilatación insuficiente y le pidió ir a hacer hora a otro lado. Confundida, María entró al cine que quedaba a la vuelta, compró un boleto para el programa triple y tras diez minutos de película estaba tan maravillada con Joselito que prometió llamar así a uno de los niños. *El ruiseñor de las cumbres* casi terminaba cuando sintió agua entre sus piernas. Como pudo volvió a la maternidad y allí María Licanqueo parió dos varones de mejillas rosadas, ojos azules y pelusa rubia en la crisma.

La visión de sus rubicundos hijos sumió a María en un mutismo que duró cinco días, hasta que su marido, José Crisóstomo Cañuñir, soldado de la Nueva Iglesia Evangélica de la Ira de Dios, llegó a buscarla. Ella había sido católica, pero se casó con un bautista pentecostal buscando en el marido un antídoto para los acosos del patrón, y en la comunidad canuta protección contra los tiempos adversos. José Crisóstomo era un hombre mayor, alcohólico rehabilitado y

converso a la verdadera fe, cuya única motivación en la vida, unirse al ejército, había sido truncada por el sarampión. Sin un norte, el hombre se había entregado por años al vino, para luego ver renacer su vocación de ser soldado, esta vez en las filas de Ejército de Dios. De ahí en más, José Crisóstomo se transformó en el más férreo defensor de la causa evangélica y esperaba con ansias del día del juicio final cuando el Altísimo lo llamaría a sus huestes. Por eso, al examinar a los niños, concluyó eufórico que sus inusuales características físicas eran un premio de Dios por su inquebrantable devoción: el Señor, en su infinita generosidad, lo había bendecido con hijos dignos de la corte celestial y, seguramente, les asignaría una misión especial que ellos sabrían cumplir con noble obediencia ganándose un lugar de honor en el Paraíso. María respiró aliviada ante la delirante tesis de su marido y, para no despertar sospechas que les significaran la expulsión del fundo y la vergüenza eterna, decidió seguirle el amén con la teoría de los hijos divinos. Así, a cuatro meses de nacidos, los mellizos eran inscritos como Serafín Ezequiel y Benjamín Jonás. María tendría que esperar por su próximo angelito para honrar a Joselito, el pequeño ruiseñor.

Dios bendijo nuevamente el pobrísimo hogar de los Cañuñir Licanqueo cuando los mellizos ya orinaban solos en el patio. A pesar de su evidente gravidez, el patrón no mandó a María al hospital pues había encontrado carnes más firmes para desahogarse. La mujer se fue igualmente a la ciudad con un mellizo en cada brazo, encargándolos a su hermana Marta, doméstica en una casa elegante. Siete días después, José Crisóstomo recibía un recado de Marta avisándole que su hijo había nacido débil y que permanecería el hospital hasta recuperarse del todo.

María volvió al fundo pasado un mes del alumbramiento. Llegó demacrada, con los mellizos agarrados de su falda y una fragilísima criatura morena al pecho. Entre llantos le explicó al marido que el bebé casi muere de asfixia en el parto que, temerosa, lo habían bautizado al día siguiente bajo la fe Católica con el nombre de Joselito. Le dijo, además, que no podría volver a concebir. José Crisóstomo adjudicó la fisonomía feble y oscura del nuevo Cañuñir a la acción de Satanás y

organizó una ceremonia *express* de bendición en la Nueva Iglesia para detener su perversa influencia. El hombre hizo vista gorda a la medallita con la figura de la Virgen en la ropita del recién nacido, pero enmendó de inmediato el bautismo equívoco para cumplir con su misión de entregar al Señor soldados dignos del ejército evangelizador. Aunque el bebé carecía de los atributos bíblicos de los mellizos, el padre decidió seguir la línea angélica y le cambió el nombre por el de Querubín, manteniendo, sin embargo, Joselito como segunda gracia. La mañana del 6 de julio de 1963, con la bendición del pastor de la Nueva Iglesia Evangélica de la Ira de Dios y la secreta protección de la Virgen de los Rayos, José Crisóstomo partió a inscribir a Querubín Joselito completando así la trilogía de santos varones Cañuñir Licanqueo.

Con el correr de los años quedó claro que los angelitos Cañuñir Licanqueo estaban lejos de la diestra de Dios Padre. Los muchachitos, en especial Querubín, comenzaron a desafiar la trinidad consagrada en la superioridad del patrón, los palmazos de los taitas y las amenazas del pastor. En la escuelita rural, el menor de los Cañuñir resultó un niño despierto e inquieto y desertó al cabo de un par de años pues podía leer, escribir y hacer cálculos aritméticos básicos mejor que la profesora. Serafín y Benjamín, los ángeles mellizos, no tardaron en seguirlo. En la iglesia, Querubín tampoco daba tregua. De nada servían los esfuerzos de María por llevarlos a la escuela dominical o sus advertencias respecto al destino de los desobedientes, Querubín se negaba a entonar las alabanzas y alegaba que él no sentía nada en su alma parecido al gozo, sólo hambre y sueño. José Crisóstomo intentó enderezar a sus chiquillos llevándolos a la faena del campo, pero al poco tiempo las ideas de la repartija justa de la tierra empezaron a cundir cual plagas egipcias entre los inquilinos y Querubín no tardó en repetir, a vista y paciencia del patrón, las cantinelas sobre labrar tierras ajenas para obtener sólo migajas, mientras sus hermanos le servían de celestial coro combativo.

Para el verano de 1973, el matrimonio Cañuñir Licanqueo ya no quería más guerra con los muchachitos. Llegaron los primeros rumores sobre el apocalipsis

político en la capital y María, consciente del espíritu incendiario de Querubín y de la lealtad ciega de los mellizos, sugirió a José Crisóstomo internarlos en el liceo de la ciudad. El padre estuvo de acuerdo; creía que sometidos a la disciplina de duchas frías, varillazos y piedra alumbre, sus soldaditos insurrectos enmendarían el rumbo. Aún estaban a tiempo: a inicios de marzo Querubín cumpliría los diez años reglamentarios para el régimen interno y entonces podrían inscribir a los tres hermanos en el liceo.

El día de su décimo cumpleaños, Querubín Joselito partió a la ciudad junto a sus padres para comprar regalos y rendir los exámenes del internado. Tras las dos horas de pruebas fueron al mercado por sus engaños: José Crisóstomo le compró el cortaplumas que el niño llevaba años pidiendo y María le dio, a pesar de los reparos del padre, una medallita con la figura del Arcángel San Miguel atravesando a la serpiente. Fueron luego a la casa de Marta para completar el ritual que Querubín esperaba con ansias: soplar velitas sobre el queque de naranjas de su madrina. En la micro de regreso, el niño pensaba feliz en la cara que pondrían los mellizos cuando les mostrara sus flamante regalos. Querubín, sin embargo, jamás llegó al fundo. El minibús volcó en una de las tantas curvas del camino y el matrimonio Cañuñir Licanqueo murió junto a otras quince personas. Querubín, el único sobreviviente, salvó de milagro.

El niño fue llevado, inconsciente, de regreso al hospital de la ciudad donde contactaron a su madrina. En el fundo, el patrón no sólo les mintió a los mellizos diciéndoles que toda la familia había muerto, sino que mandó a un peón a la ciudad para advertirle a Marta que si veía al mocoso otra vez, lo reventaría a balazos. Querubín Joselito Cañuñir Licanqueo permaneció siete días medio muerto en el hospital y al reaccionar le bastó ver la cara de su madrina para saber que no podría volver con sus hermanos.

Estuvo cinco meses hospitalizado. Marta lo visitaba, religiosamente, tres veces por semana y procuraba compensar la pérdida de la madre. Querubín, sin embargo, no sufría en lo absoluto por la repentina partida de sus taitas, pero la

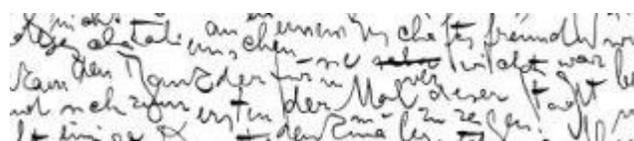
distancia de los mellizos le provocaba una ira tal que a menudo lo encontraban delirando en los pasillos, caminado apenas en su armadura de yeso hacia la salida del hospital en medio de una letanía de puteadas. Marta sabía que si no controlaba al niño, tendría que llevárselo a otro lado. Entonces, empezó a llevarle libros de la biblioteca de su patrón. El dolor de las fracturas y la ira descontrolada de Querubín fueron encontrando lentamente analgésico en Salgari, Verne y Dumas. Mientras leía, imaginaba cómo sería la vida cuando saliera del hospital, cuando viera a sus hermanos y se convirtieran en caballeros vengadores, piratas desalmados o domadores de tiranos. Armaba reinos imaginarios en los que él, príncipe despojado, volvía triunfante a recuperar las riendas de su destino. Nada lo detenía en sus fantasías, ni su cuerpo trizado, ni los doctores, ni siquiera las ominosas noticias que llegaban de la capital y que escuchaba en la radio de la guardia de enfermería.

Tres semanas antes del alta, Querubín recibió por última vez la visita su madrina. Había ido a despedirse, se iría unos días al campo hasta que pasara la babélica conmoción política y, apenas pudiera, lo vendría a buscar. Esa fue su promesa. El niño recibió un beso, unas joyitas de oro y la bendición de Marta. Veinte días después, Querubín salía del hospital para emplearse como peoneta en un camión al norte, sin más tesoro que su medallita y las joyas de su madrina. Ella nunca apareció.

Los mellizos lloraron cada una de las noches de los cuatro años que duró la separación del hermanito que creían muerto. A pesar de su reticencia, el patrón se esforzó por ganar su aprecio y hasta los puso a la cabeza de su nuevo proyecto silvícola. Mientras Benjamín y Serafín aprendían los bemoles madereros en los bosques del sur, Querubín se partía el lomo cargando sacos en las rutas del norte para comprar su propia camioneta. Se hizo, finalmente, de una desvencijada Ford roja del 68' a la que le pintó llamaradas en puertas y *capot*. En su carro flamígero, Querubín partió al fondo tres días antes del fin del año y se las arregló para ubicar a sus hermanos. Los mellizos, convertidos en recios carneros de cien kilos y metro

noventa, lloraron como magdalenas al reencontrarse con su hermano del alma. Hablaron hasta la madrugada y, entonces, Querubín les contó del plan que les daría dinero y los sacaría del fundo. Prometieron reunirse la noche del treinta y uno para no volver a separarse.

La mañana del primero de enero de 1978, los hermanos Cañuñir Licanqueo viajaban apretados en la cabina de la camioneta. Llevaban en la parte trasera troncos recién talados de los campos del patrón, y en las manos ampollas de tanto manipular el hacha. Hablaron de una banda, de recuperar lo que decían era suyo: un pequeño ejército que robaría la madera de los fundos; los mellizos podían pasearse por el mundo con su facha de ángeles aristócratas sin levantar sospechas y Querubín tenía la personalidad y la astucia para vender el botín a buen precio. Con el dinero de la venta de esos primeros troncos, comprarían una motosierra y mandarían a fundir las joyas de Marta para hacer tres anillos adornados con cabezas de ángeles e inscribirían dentro el nombre de la banda. El primer día del nuevo año, mientras la casa del fundo ardía en llamas, Los Querubines cantaban cual ruiseñores para celebrar su reunión.



**Katuska Oyarzún** (1980) es Licenciada en Lengua y Literatura Inglesas por la Universidad de Chile; capitalina de nacimiento y magallánica por adopción. Ha recibido reconocimientos en distintos concursos literarios y algunos de sus relatos han sido publicados en Chile y México. Escribe, siempre, sobre lo que más le obsesiona: el origen del crimen.

## Pacto

### Segundo lugar

***Por Samuel Castillo F.***

Era ahora o nunca. Si quería conocer a Ricardo Marín debía cruzar la calle y llamar a su puerta. Allí estaba la casa que tantas veces había visto en la portada de *Sobremesa*, su libro más célebre. Adentro de ella, si es que mis informantes no se equivocaban, debía estar mi escritor favorito, tal vez escribiendo un nuevo libro o, al menos, pensando en él. Meses antes de ese día glorioso había imaginado, con la cabeza apoyada en la ventana del bus, cómo sería el momento en que por fin estrecharía su mano y le diría cuánto lo admiraba. Como si fuera un joven enamorado a punto de declararse, ensayé en mi mente los diálogos de nuestra conversación una y otra vez hasta el cansancio, hasta que de tanto pensar un agudo dolor se apoderaba de mi cabeza. Pero allí estaba ahora, de verdad, a punto de cruzar la calle y conocerlo. Empecé la marcha sintiendo que mis piernas apenas me respondían.

\*\*\*

Di tres débiles golpes en la puerta y bajé mi mano hasta el bolsillo de mi polerón, de donde extraje un libro de Marín. Tres segundos después se abrió la puerta. Era él, en persona. Alto, más o menos viejo, pelo canoso, bigote poblado y lentes gruesos. Vestía una polera manga corta de color negro con una caricatura de John Lennon y unos pantalones viejos de tela, o quizás era gamuza, no sé muy bien diferenciar esas cosas. Me miró con una expresión de asombro.

–Eres tú –dijo.

\*\*\*

Me vine a Santiago con la esperanza de conocer a Ricardo Marín y que él fuera mi puerta de entrada a la literatura chilena. Había leído todos sus libros publicados hasta la fecha; tres poemarios, dos libros de cuentos y cuatro novelas. Mi favorita, sin duda alguna, era *Sobremesa*, una novela corta publicada en España

por la editorial Anagrama, que trataba sobre una familia de clase media abrumada ante la abrupta desaparición del hijo menor, Rafael, un joven poeta de diez y seis años. Al igual que la mitad de sus libros, éste también lo había conseguido a través del milenar arte del robo. No me sentía orgullo de ello, pero poco importaba; Marín no tenía por qué enterarse. En fin. Tenía el libro en mis manos y a su autor en frente mío. Sólo me quedaba una cosa por hacer.

–Quiero que me firme *Sobremesa* –le dije.

Él sonrió, ajustó sus lentes y estiró el brazo para que le alcanzara el libro.

–No pensé que pasaría –dijo mientras lo firmaba.

–¿Qué cosa? –le pregunté.

Terminó de firmar y me devolvió el libro. Lo abrí en la primera página y sólo entonces me percaté de que en ningún momento Marín me había preguntado el nombre. Sin embargo allí, en la firma que él había hecho, con una letra clara y perfectamente legible, decía “Para Jorge, con mucho cariño, de Ricardo Marín.”

–¿Sabe quién soy? –le pregunté.

–¿Alguna vez has leído *Niebla*?

–Sí.

\*\*\*

–Hice un pacto con el diablo –me dijo a bocajarro. Me había hecho pasar. Estábamos sentados en el living de su casa. Él miraba por la ventana melancólicamente. Fue después de terminar mi última novela, la que tienes en tu mano. ¿Has escuchado hablar del bloqueo del escritor? –asentí–. Pues bien, eso fue lo que me sucedió. No tenía ideas para escribir nada. Lo intenté, pero todo lo que escribía resultaba ser mierda. Mierda y más mierda que acumulé durante tres meses en mi escritorio. Como estaba tan bloqueado y, además de eso, estresado, porque sabrás también que las editoriales grandes te exigen como mínimo una publicación al año, mi esposa me sugirió que hiciéramos un viaje, a ver si me relajaba y me llegaban ideas buenas. Yo tenía ganas de conocer el Caribe, así que le dije que sí, y partimos. Allá me encontré con cosas muy extrañas. Brujos, chamanes, ese tipo de cosas. Conocí a uno en particular que decía que podía hablar

con el diablo. Yo le dije que no le creía, y entonces él lo invocó y el diablo apareció ante nosotros. Era un ser muy raro. Ni hombre ni mujer, quizá una mezcla entre ambos. No tenía cachos ni cola puntiaguda, como dicen los estereotipos. Vestía un traje como de ejecutivo. En fin. Le dije que quería escribir un gran libro. Él me contestó que no podía hacer eso, ya que aunque ahora estaba con bloqueo de escritor, ya estaba prevista para mí la escritura de una gran novela que asombraría al mundo. Me sentí feliz. Además, aún podía pedirle otra cosa. Entonces, le dije que quería que el personaje principal de dicha novela existiera de verdad. El diablo me preguntó si estaba seguro, y claro que lo estaba, ya que es sueño de todo escritor encontrarse un día en la realidad con el o los personajes que ha creado. Pues bien, me dijo, ya sabes lo que tienes que darme a cambio. Mi alma, le dije, y él soltó una carcajada. No, me dijo. Quiero el ochenta por ciento de las ganancias de la novela. Lo pensé un instante y concluí que si iba a asombrar tanto al mundo la novela daría muchas ganancias, además yo más que dinero quería que mi nombre estuviera en lo alto de la literatura, así que acepté la propuesta del diablo. Y aquí estamos, tal cual como se lo pedí. Por eso te pregunté si habías leído *Niebla*.

–Así que soy el personaje principal de la novela que está escribiendo.

–Querrás decir, de la novela que terminé justo antes de que tocaras la puerta.

–Y si esto es como *Niebla*, entonces yo moriré.

–No.

Se paró y caminó por un pasillo de la casa hasta desaparecer detrás de la puerta de la que supuse debía ser su habitación. Regresó al cabo de tres minutos con un grueso fajo de hojas, un manuscrito de unas mil quinientas páginas que puso encima de mis manos, mientras yo me fijaba en que le temblaban los brazos y que sudaba de una manera espantosa.

–¿Se encuentra bien? –le pregunté.

–De maravilla –me dijo–. Ahora quiero que vayas a tu casa y la leas con cuidado. Regresarás en unos días.

–Está bien.

\*\*\*

La verdad es que hasta ese momento no le había creído nada a Ricardo Marín, sólo le había seguido el juego porque pensaba que se trataba de alguna cosa de locos, de escritores. Volví a mi departamento en un barrio del centro de Santiago y me encerré a leer la novela. Leí durante toda la noche, todo el día siguiente y la noche siguiente. La novela se llamaba *La redención del personaje* y detallaba a fondo cada aspecto de mi vida. Al final, el personaje principal, Jorge, mataba al escritor que lo había creado, Ricardo Marín. Lo mataba a golpes con el manuscrito de la novela. Pensé que era una muerte bastante sádica, que Marín no se merecía un final así, pero que si todo era tal cual como él lo decía, yo lo terminaría asesinando de una u otra forma. Por supuesto eso que estaba pensando ya estaba narrado en la novela, al igual que lo que haría en los próximos treinta segundos, en las próximas tres horas, y en los próximos tres días, cuando me decidiría por fin a matarlo tal cual como decía en la novela que Jorge, el personaje, leía, y que yo, Jorge, también había leído.

\*\*\*

Llegué a la casa de Marín a las tres de la tarde con el manuscrito bajo el brazo. Golpeé la puerta y él vino a abrirme, vestido con bata de dormir, sin lentes y completamente afeitado.

–Hola –me dijo–. Pasa.

Entré. Caminamos en silencio hasta el living donde nos sentamos uno frente al otro.

–Vas a publicar la novela –me dijo–. Serás millonario.

–No me interesa el dinero.

–Lo sé.

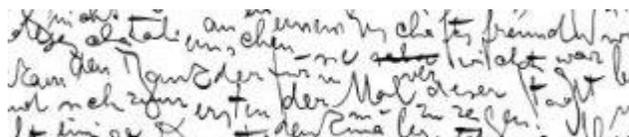
–He venido a asesinarte.

–Eso también lo sé.

–Te admiro mucho. Creo que *Sobremesa* es una gran novela.

–Qué puedo decir. Eres mi lector ideal.

Ese era todo el diálogo que aparecía en la novela, así que ambos supimos que había llegado el momento. Él se levantó. Yo tomé el manuscrito que segundos antes había dejado sobre la mesa de centro y golpeé con él a Ricardo Marín en la cabeza. De inmediato cayó al suelo como un saco de papas. Me agaché y lo golpeé en reiteradas ocasiones, oyendo sus gritos cada vez más desesperados, y luego cada vez más débiles, hasta que se hicieron inaudibles, hasta que estuvo muerto. Salí de la casa con la novela manchada de sangre bajo el brazo y tomé un bus hacia el centro de Santiago, donde estaba la oficina de la editorial que la novela decía que publicaría la novela. En el asiento de al lado se sentó un señor con traje de ejecutivo.



**Samuel Castillo Fuentes** nace en Tomé el 22 de diciembre de 1992, en donde ha vivido y escrito toda su vida. En el año 2011 ingresa a la carrera Pedagogía en Español en la Universidad de Concepción, de la cual se retira a los tres años con la intención de estudiar Comunicación Audiovisual. Mención honrosa en Concurso de cuentos Universidad del Desarrollo 2009, con el cuento "Viajar en el tiempo", publicado en la antología *Donde tus ojos me vean*, y finalista del Concurso de poesía Gonzalo Rojas 2013 con el poemario "Anti-patria".

## Semifinal

### Tercer Lugar

***Por Mario Bobadilla F.***

Y la Rucia, María José, me miraba, lejana como un velero mar adentro. Se perdía entre sus muslos su puente de algodón, seguramente humedecido. Un profundo desasosiego me provocaba su mirada, orquestada por unos ojos-almendras, sobre una naricita de oquedades profundas, sensuales. ¿Fui el pelotudo más grande del planeta al perder a la Rucia? Mi respiración se entrecortaba. Trataba de seguir la pelotita blanca, buscando el instante propicio para amedrentar a Danilo con un feroz remache, desbaratando ese triunfo que él creía ya logrado. Un pasado no muy remoto hurgueteaba en mi conciencia mientras la falda de mezclilla, ceñida, acariciaba morosamente los muslos de la Rucia. Y había que apretar los ojos y sentir que todo era posible, que un triunfo entrañaba la posibilidad de retener a la Rucia para volver a seducirla, a acariciar ese cuello largo de garza, enrubecido por un vello donde se nutrían mis ansias y deseos. Aunque fuera un sueño, lo único que deseaba era volver a tenerla y rodearla con estos brazos y estas manos que darían todo por ganarle a Danilo, aunque él pretendía hacerme papillas y abrirse paso a la final.

Sin darme cuenta, la Rucia desapareció de mi visión. ¿Se había ido a sentar detrás de mí para mirar de frente a Danilo? Al nerviosismo por una probable derrota, se sumaba el terror de no verla. Un maldito calambre atenazaba los dedos y la planta de mi pie izquierdo. Había que sacar fuerzas de flaqueza. A pesar de la Rucia ausente en mi piel, de la sonrisa irónica de Danilo, debía buscar el triunfo, pasar a la final, y soñar con ella caminando por Blanco Encalada hacia el Club Hípico, abrazados, entre perros que esperaban mendrugos de pan. Cargué la

presión de mis movimientos en la pierna derecha para así irrigar la izquierda. Los dedos sudaban y se insinuaba una pérdida de precisión en mis golpes. Cuando Danilo ganó el punto catorce, tomé la toalla que me extendía don Aníbal, mi entrenador, sequé las manos sudadas y el mango de la paleta (como la exquisita María Sharápova). Miré atrás y la Rucia no estaba. Mis compañeros me miraban decepcionados.

Dejé la paleta sobre la mesa y metí los pulgares entre la pretina de mi pantalón de buzo y la polera; acomodé el pantalón en mi cintura. Como el Nico Massú, en el Mundial de Tenis del 2004, en Düsseldorf, decidí ganar, y abatir a esas sanguijuelas que agarrotaban mis piernas, y me dije mirando al Danilo: *ya verás, conchetumadre, ya verás cómo la María José vuelve a mis brazos*, y cogí la paleta y la acaricié como una prolongación de mí mismo. El partido se reinició con un Danilo muy seguro, muy confiado por el marcador parcial que anticipaba mi derrota. La sonrisa de Danilo no debía importarme, era sólo un dibujo mal trazado en la tela de su rostro, parte de una burda caricatura. Acaricié la pelotita, la sobé generosamente, era yo su amante y no el otro, aquel que me había robado las caricias más espectaculares que jamás antes había recibido en mi vida. Lancé la pelotita al aire, y con la paleta semi ladeada la catapulté hacia el contrachapado de Danilo, rebotó en el ángulo derecho, y fue inútil su esfuerzo por detenerla. Los gritos victoriosos de mis compañeros encendieron la posibilidad de revertir el marcador, de arrastrar a Danilo a una derrota contundente y así soñar con el regreso de la Rucia a mis brazos, a las rituales palabras del amor. Leí en la mirada de Danilo: *ya verás, maldito amante fracasado, ya verás que la María José no se cuestiona un ápice haber vuelto a mis brazos, ya verás tu propia derrota, estrepitosa, luego*. Le grité en silencio: *te voy a ganar y llegaré a la final*, y miré a María José que había reaparecido detrás de Danilo. Me preparé a recibir su saque, balanceándome sobre las Adidas. El calambre había desaparecido. Como un oso pardo dispuesto a destrozarse a su presa, Danilo se inclinó, levantó su brazo derecho y con la paleta de gruesa goma golpeó violentamente la pelota. Ésta se elevó más allá de la malla verde, más allá de la parábola destinada a configurar mi derrota,

sobrevoló a gran altura, continuó su precipitada carrera aérea y, a pesar de sus intentos por bajar y golpear en mi contrachapado, se impulsó más por sí sola, perdida en su propia velocidad. Esperé impaciente, y al no rebotar en mi sector, arrastró gritos y vivas de mis compañeros, pues la pelotita continuó su trayectoria y fue a perderse entre las pocas chicas de Ingeniera Civil, quienes se levantaron enardecidas para no aplastar aquella lunita que cada vez se hacía más cómplice de mis ansias. Había sido larga de Danilo.

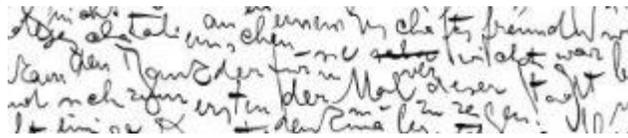
Busqué sus ojos para decirle: *¿te das cuenta que vas perdido y que los ángeles están de mi lado?* Controlé mi entusiasmo como un sobrado un campeón. Corrí, me incliné y cogí la pelota. El cambio de saque me favorecía. Observé a María José. Esta vez había cruzado sus piernas y ya no veía el triángulo blanco entre sus muslos apenas cubiertos por la falda de mezclilla. Ahora, la Rucia me miraba como alguna vez en el casino de la facultad entre café y café, luego de asistir al optativo de Literatura, o cuando nos perdíamos en algún motel de la calle Toesca, hace exactamente seis meses atrás. Esa misma mirada pretérita, paradójicamente, se hacía realidad ahora y se tornaba un incentivo, era reabrir la posibilidad de un reencuentro por absurdo que pareciera. Acaricié la blanquita una vez más, la aprisioné en la palma de mi mano, para que no se me escapara, cuidando de no hacerle daño. La alcé levemente y con el impulso de mi mano derecha con que sostenía la paleta, la lancé hacia el sector de Danilo con una fiereza tal, que todo el estirón del brazo de Danilo se hizo inútil y la pelotita fue a golpear justo en el borde blanco para saltar hacia el piso y quedar clavada en un ángulo junto al canastillo de la basura, obteniendo dos puntos de ventaja, sorprendentes, nutricios, esperanzadores. Pensé en un segundo que la María José se levantaría para ir en socorro de Danilo, pero nada de esto ocurrió y los gritos victoriosos de mis compañeros fueron sonidos musicales, casi insensibles. La miraba mientras me mantenía apoyado en la mesa y Danilo corría a buscar la pelota para reiniciar el juego.

Quedaban cuatro puntos en disputa. Los saques me favorecían. Debía evitar el quiebre de mis servicios. Cuando volvió a la mesa con la pelotita, me la lanzó con el desgano propio de un derrotado. Sus ojos suplicaban: *no me arrebatas a la María José, nos arreglamos más tarde con una buena cerveza en un bar de Blanco Encalada*. Su arrogancia había desaparecido, ¿o había sido una invención mía, por mi inseguridad inicial, por el miedo que me caía como una red opresiva, y todo porque estaba ahí la Rucia, con su triangulito provocador, nostálgico, perdido en la selva de la memoria? Llegaron estudiantes de otras especialidades. La seguridad y la confianza coronaban los últimos ímpetus. La tibieza de la pelotita blanca era más amigable. Luego de un largo paletéo plagado de remaches contestados magistralmente tanto por Danilo como por mí, logré poner la blanquita justo en el ángulo izquierdo del sector de Danilo, y todo empeño le resultó inútil, con la impotencia de un gesto ya fracasado. Danilo quedó inclinado sobre la mesa, respirando dificultosamente, sudoroso, con las aletas de su nariz en un movimiento de lento vaivén, tal vez avergonzado por la derrota inminente. Los ojos alarmados de la Rucia miraban a Danilo, en el límite del instinto materno, podía correr para animarlo, todavía el sueño es posible, serás campeón, pero se queda ahí sentada con la incredulidad pintada en su rostro, sus azules ojos pegados a los pliegues de la falda, sus codos apoyados en sus rodillas redondeadas, sus manos anudadas, sin el mínimo movimiento. De improviso, todo adquiere la atmósfera de *El baile*, de Ettore Scola, la tragedia de quiebres y abandonos, la soledad más absoluta con la muerte callada detrás de cada columna que rodea el salón de baile... Cuando don Aníbal me entregó la pelotita para el último saque, el rostro de Danilo era la máscara de un mimo, consciente de su tristeza, con lágrimas cayéndole por la pintura blanca, dejando unos surcos apenas visibles.

Se acercaba el último movimiento que haría mi cuerpo. La Rucia, en la misma posición, esperaba el golpe de gracia, la guillotina cayendo sobre su amado Danilo. Mi saque sería una comba perfecta. Debía ladear la paleta de tal modo que la pelotita no podría negarse a aceptar ese roce delicado, fino. La cogí con mis dedos y la lancé al espacio para darle el chanfle más formidable. Habría preferido

un silencio expectante, pero debí soportar y aceptar gritos y vivas. Apenas se siente el golpe de la paleta en la pelotita, ésta se desplaza por el espacio impulsada por una fuerza propia, gestionando su propia parábola adquiriendo plena autonomía, como en cámara lenta. Se desplaza hacia el ángulo izquierdo y cuando su trayectoria llega a sus dos tercios antes de golpear en la cubierta de Danilo, repentinamente, con una voluntad manejada por su propio impulso, se desvía del ángulo que era su meta y se ladea más hacia su izquierda, golpeando entre el ángulo y el límite marcado por la malla, de tal modo que la respuesta de Danilo con su paleta es una cachetada al aire, palos al aire ante una piñata esquivada.

Una mueca de impotencia cruzó su cara. María José corrió y lo abrazó por atrás, rodeando la cintura de Danilo con sus brazos y apoyando la cabeza en su espalda sudada. Ninguna sonrisa cruzó mi cara, sólo apreté entre mis manos la paleta que había jugado por mí el último punto, el veintiuno, el que me había dado el triunfo y el camino a la final. No terminaba de observar esos dos cuerpos abrazados, cuando reparé en mis compañeros vitoreando mi nombre, corriendo para abrazarme y las compañeras más osadas buscando mi boca amarga, cuya lengua y paladar sólo ansiaban una buena cerveza Kunstmann Torobayo, mientras yo intentaba descubrir a la Rucia y al Danilo por entre tantas cabezas y cuerpos. En ese instante, todo pareció detenerse y quedamos en el último gesto, en los últimos gritos y vivas, en los últimos abrazos y besos, y sólo vi desde mi inmovilidad angustiante, entre risas y caras, entre sudores y fragancias, sólo vi, una y otra vez, cómo ellos, María José y Danilo, se alejaban por uno de los pasillos, abrazados, besándose de vez en cuando, con risas y palabras que no veía ni oía, mientras yo me quedaba dentro de esta burbuja de triunfo, fuera del tiempo, sin poder salir y escapar de ella.



## **Mario Bobadilla Fernández**

Profesor de Castellano, Universidad de Chile.

Estudios completos de Magister en Literatura, Universidad de Chile.  
Egresado.

Se ha desempeñado principalmente como profesor y directivo docente.

En educación superior, ha sido académico en las áreas de Currículo y Didáctica del Lenguaje, en la Universidad de Los Lagos.

En el mismo ámbito de la educación, ha sido relator de cursos de perfeccionamiento para docentes en varias ciudades de Chile. Ha asesorado el desarrollo curricular de varias escuelas.

Ganó el primer premio en el Concurso Anual de la SECH en 1971, con el cuento “La persecución”, publicado por Antonio Skármeta en la revista *AHORA*, separata Cuento Latinoamericano.

Fue uno de los 20 finalistas en el Segundo Concurso Chile-Francia, en 1986.

Después de largo tiempo alejado de la creación literaria, prepara actualmente un libro de siete cuentos titulado *Complicidades*, entre los cuales se encuentra “Semifinal”, tercer lugar en el concurso de cuentos de Letras de Chile 2014.

## Los habanos, el tocadiscos y el óleo

### Mención honrosa

***Por Diego Gaete O.***

*En memoria de todos esos seres*

*Que con sudor y lágrimas*

*Combatieron contra la mortal soledad y se durmieron en el intento...*

El fuerte humo del inconfundible tabaco cubano, bailaba solitariamente al son de las corrientes de aire que entraban por la solitaria ventana a espaldas del viejo. Iluminado solamente por los tenues rayos de sol que penetraban en el salón a esas alturas del atardecer, el hombre dormía con las piernas cruzadas y un ejemplar del diario *El Siglo* en sus piernas; era el día viernes 2 de septiembre. Gracias al humo del tabaco recostado en el peculiar cenicero que se había traído de La Habana, no se podía ver con facilidad todos los retratos que tenía el hombre en sus grises paredes, tan sólo las más grandes se podían admirar; Fidel y Cienfuegos en febrero del 59', un ejemplar del *Clarín* el 5 de septiembre del 70' y un enorme óleo del mismísimo Charles Chaplin.

Después de la muerte de su esposa, Fernando les había pedido a sus hijos que le llevaran a otro hogar, uno donde nada le recordara a su querida Juana; eso ya hace unos 7 años. Ahora, en su solitaria morada, muy cerca de la Av. Ricardo Lyon, después del té, se encerraba hasta el anochecer en su salón a fumar, leer o escuchar de buena música. Era normal ir donde don Fernando Bussier, y entrar al hogar atestado de humo y en el fondo a Beethoven o al Padre del soul, Ray Charles.

El viejo era bastante anticuado, nada de radios modernas o muchos televisores, sus objetos más valiosos eran claramente su tocadiscos de 1968, la abrumadora cantidad de libros y su reserva trimestral de los mejores habanos que se podían hallar en Santiago. En fin, el anciano de 76 años, bastante independiente, pero obviamente solitario, se encontraba durmiendo en su salón.

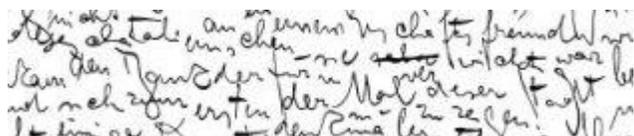
Fue pasada la medianoche cuando el viejo despertó de un adolorido e incómodo sueño, claramente, pensó, ese costoso sillón no era exactamente para echarse una siestecita. El hombre se movió pesadamente hacia la ventana para cerrarla, ya no tenía la misma agilidad de hace unos meses o quizás años; desde hace un tiempo tenía planeado volver a una rutina de suaves ejercicios para estabilizar su metabolismo, a lo que se requería en la séptima década de edad.

Nuevamente, pensó en Juana, cómo esa maravillosa y simple mujer le hacía reír con una facilidad sorprendente y cómo ambos caminaban todas las mañanas por alguna callecita distinta en Providencia, para ejercitar un poco. La mujer no soportaba ningún tipo de rutina... Probablemente, su ausencia le había hecho adoptar un sedentarismo y monotonía que nunca experimentó junto a su mujer. La necesito, se dijo Fernando con una voz entristecida.

En el segundo piso de la casa se hallaba la habitación del viejo. Resignado por el lúgubre aspecto de su dormitorio no emitió ningún comentario al respecto, solamente se limitó a cruzarla, cambiarse de ropa y para terminar de apagar las luces y acostarse, todo en un corto tiempo. El sueño le perseguía y, al parecer, estaba a punto de alcanzarle... Sin embargo, al recostarse en un lado que extrañamente ocupaba, le vino un recuerdo; aquel lugar de la cama, el derecho, lo usó su amada durante largos 52 años. Un rictus parecido a una sonrisa se dibujó en el rostro del anciano al instante de caer en manos de Morfeo.

El domingo 4 de septiembre, Bastián Bussier, hijo mayor de Fernando, entró junto a su esposa a la casa de su padre con un fino Cabernet Sauvignon del año 2000. Como todos los años, ambos, padre e hijo, de pensamiento de izquierdas, se

juntaban a brindar los 4 de septiembre, a celebrar el triunfo de Salvador. Pero cuando Bastián entró a la morada de su viejo, la encontró con un aire pesado y con claras muestras de no ser ventilada en los últimos días, aunque lo que más le extrañó al hijo fue no escuchar ninguna canción de Beethoven o de Ray Charles... Ni tampoco aspirar algo de humo de habano.



**Diego Pablo Gaete Osorio**, con actualmente 15 años de edad, cursa el 2º Medio en el Instituto Alonso de Ercilla, Santiago Centro.

Participa en el Taller Literario de su colegio, "Letras Clandestinas", desde hace dos años. En el presente contexto de literatura y el lenguaje, ha desarrollado progresivamente, al igual que sus pares, la habilidad de la escritura.

En mayo 2013, Diego logró el tercer lugar en la categoría infantil del Concurso de Microcuentos del Centro Cultural España y Letras de Chile, con el texto "Plan B".

## Los nuevos vecinos

### Mención honrosa

**Por Marcela Royo Lira**

*Guiño a la novela de José Donoso, Chatanooga Choochoo*

Esta mañana, poco antes del mediodía, oigo ruido en el departamento vecino. Hubo un arrastrar de muebles, la quebrazón de un plato, las voces apagadas de un hombre y una mujer.

—Por fin tenemos vecinos —susurro a mi marido que lee el diario en el sofá—. Más rato iré a darles la bienvenida. Antes, quiero terminar esta novela que me tiene atrapada hace dos semanas.

Carlos guarda silencio, a pesar que noto la tensión de sus brazos.

—Oye... —quiero insistir.

—Te oí. No husmees en casa ajena, Ernestina.

Abajo, en la calle, se escucha la marcha de los estudiantes. Es la tercera en este mes, hoy pasan cantando canciones de Víctor Jara. Me descubro tarareando la melodía. Quisiera asomarme al balcón, pero sé que Carlos se enfadará sermoneándome sobre el peligro de una bala loca, por eso, como niña obediente continúo, cabeza gacha, la lectura. Horas más tarde, curiosa por conocer a los nuevos habitantes del edificio, salgo.

—Voy a comprar pan para la once, querido —anuncio. Antes de cerrar la puerta me alcanza su carraspeo impaciente.

A una cuadra, la protesta estudiantil está que arde, diviso los guanacos y jóvenes que corren, destruyen el semáforo, quiebran vitrinas. Por precaución, apresuro el paso.

El ascensor del edificio está descompuesto. De vuelta, me topo con la mujer en la escala: joven, delgada, de piernas largas y esbeltas. Es lo primero que le veo porque cuando subía la desconocida bajaba y la miré hacia arriba. Hubo un instante de desconcierto, por lo inesperado del encuentro. Luego, interrogo entrometida:

—¿Es usted, Sylvia?

—Sólo si usted fuese Magdalena —responde y, en un gesto rápido, se cubre el rostro con las manos.

—Y, supongo que su marido tampoco es Ramón —insisto, testaruda.

—Ni el suyo es Anselmo —dice con rudeza. Luego, huye hacia la calle.

Quiero ir detrás pero detengo el impulso. La narrativa fantástica de José Donoso en *Chatanooga Choochoo* me mantiene tensa. No me atrevo mirarme al espejo por temor de lo que pueda descubrir en mi rostro. Trato de tranquilizarme, “son solamente personajes novelescos”, me recrimino nerviosa. ¡No puede ser ella! ¿Qué te pasa?

Las notas de un violín y el aroma a comida impregnan la escala.

—Acabo de ver a la vecina —comento apenas entro—. Me pareció extraña.

—¡Basta, Ernestina! ¿Olvidaste el mal rato que tuvimos con los anteriores? No seas metiche ¡por Dios!

—Soy educada, nada más —respondo—. Es mi deber dar la bienvenida a los recién llegados. Además, ese matrimonio era harto raro, querido —agrego.

Carlos masculla unos improperios. Luego, pone distancia entre los dos y se concentra en el partido de fútbol que transmite la televisión española. Al rato, cuando bebía una taza de tilo para calmar mis nervios escucho la puerta de los vecinos. Pese al rezongo de Carlos, me asomo. Elegantes, bellos, del tipo de personas que se envidian; ella luce un rostro encantador, parece pintado a mano con una prolijidad extraordinaria. Él, la sostiene del brazo, da la impresión de lucirla como un trofeo. El hombre me saluda con una venia, la fémina taconeá activa como una modelo y cruza por mi lado sin mirarme.

Días después, a las tres de la mañana, no resisto más mis nervios. Debo decírselo a alguien. Volteo y despierto a mi marido:

—Si hubieses leído la novela de Donoso, como te pedí, me creerías —alego, enfática—. Son ellos, lo sé. Vi a la mujer en la escala, es igual al personaje que describió el autor. Además, ese rostro... tan perfecto, tan bello de la otra tarde.

Carlos entrecierra los ojos y, con un suspiro, voltea hacia la pared. Al rato, me duermo. A la mañana siguiente, mi marido me sorprende trayéndome el desayuno a la cama, años que no lo hacía.

—Pediré una semana de permiso —dice, besándome en la frente—. Quédate en cama hoy y todos los días que quieras, querida. Contrataré una asesora para los quehaceres de la casa. ¡Ah! buscaré un buen psiquiatra para tu stress. No estás bien, amor.

*Dentro de unos minutos el escritor Pablo Simonetti junto al crítico literario Pedro Gandolfo, analizarán el éxito inesperado, especialmente entre las mujeres, de la novela de la escritora inglesa Érika Leonard James “Sombras de Grey”, anuncian en la televisión.*

Carlos cruza el dormitorio y, de un manotazo, apaga el aparato.



convocatoria 2011 del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Publicó “Cuentos por Diversión”, septiembre 2011, “Tardes de Embrujo”, diciembre 2011, cuentos. Varios textos suyos han sido incluidos en antologías.

## **Caballo Blanco**

### **Mención honrosa**

***Por Gonzalo Rivera Z.***

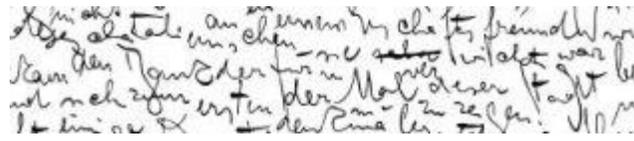
—La esperanza, hijo mío, no es más que una muy inteligente mentira que te satisface momentáneamente. Miré a mi padre perplejo sin entender lo que decía. A los siete años, creo que no conozco el significado de muchas cosas. Lo vi salir. Estaba lloviendo. No llevaba paraguas, así que traté de alcanzarlo para avisarle, pero ya estaba muy lejos cuando llegué a la puerta y ya no escucharía mis gritos. Fui en busca de mi mamá, quien tranquilamente trataba de guardar una manta en la parte más alta del ropero, encaramada en una silla artesanal. —Mamá... mamá... ¡mamá! —¿Dónde dejaste tu libro de matemáticas, Manuel? —me dice sin voltear a verme, con una voz húmeda. —En mi pieza —respondo sin pensar en el por qué de la pregunta. —Haz tu tarea. —Es fácil, no me voy a demorar mucho, pero mamá, ¿por qué mi papá no llevó paraguas? Hubo un silencio. Me preocupé en ese minuto porque no se rompió de inmediato. Desapareció sólo cuando los zapatos de mi mamá llegaron al piso y caminaron hacia el baño rápidamente. Decían mis compañeros de escuela que mi papá no volvería y que tendría que trabajar para poder ayudar a mi mamá en la casa. Yo sólo me dedicaba a jugar en ese tiempo. Mi madre me decía que lo que más tengo que querer y cuidar es a la familia. Me lo decía todos los días después que mi padre salió. Yo le encontraba razón, pero no entendía el por qué de su insistencia.

Mi padre llegaría en unos días, según mi intuición. Así que, secretamente, empecé a dibujar un regalo para él. Le gustaba el campo y los caballos, así que ese sería mi tema. Al llegar de la escuela, me quedaba unos diez minutos pintando. Mi

mamá no tenía que verme porque podría arruinarse la sorpresa, así que cuando venía a ver lo que estaba haciendo, ponía encima del dibujo, otro, hecho hace mucho tiempo, cuando tenía seis años. Pasaban los días, y me iba poniendo cada vez más triste. —¿Mamá? —pregunté, cuando me acerqué a ella mientras se acostaba, —¿conoces caballos blancos?— Se me había acabado el lápiz café. —Sí— me responde con una sonrisa —tu abuelo tenía uno. Era el más grande de los caballos. —¿Mamá? —¿Qué quieres, Manuel? —¿Mi papá está enfermo? Mi mamá me mira con cara de pena y curiosidad. —No, él está bien. — Es que el otro día no llevó paraguas cuando estaba lloviendo. Mi madre sonríe tiernamente, como lo hacía cuando abrazaba a mi papá. —Él está bien. Un mes después, cuando tenía listos dos dibujos muy buenos como regalo para mi papá, el primero era de unos caballos y el otro de nuestra familia de tres, llegó. Estaba de buen humor, pero no abrazó a mi mamá, quien quería un abrazo, según creo. Fui a buscar los dibujos apenas lo vi por la ventana y se los di cuando lo abracé. Le gustaron mucho. —Vengo a buscar ropa —dice con voz seca. —Llévatela.

No entendía para qué quería ropa mi papá, pero no importaba, ya estaba de vuelta y no se había resfriado. Después de un rato, mi papá va a mi pieza y me abraza. Siento que es la vez que más tiempo me ha abrazado. Entendí que se iba de nuevo. Me propuse en ese mismo día hacer tres dibujos y no dos para cuando volviera. Pasaron los días nuevamente, y conseguí más colores en mi escuela, así que no hubo más caballos blancos. Creía que mi papá volvería cerca de un mes después, como había pasado antes. Pero las circunstancias eran diferentes, porque no sentía que lo iba a ver pronto, aunque las esperanzas siempre estuvieron.

Así pensaba en ese entonces, y las esperanzas no me han abandonado. Aún conservo los dibujos en una carpeta bajo los libros de Ingeniería en el estante. Me gustaría que conociera a su nieto. Él dibuja caballos mejor que yo.



**Gonzalo Rivera Zapata**, kinesiólogo, nació en Santiago de Chile en 1987; se crió en Huechuraba, en la comuna que está rodeada de cerros. Desde el 2006 se fue a vivir a la Quinta Región por motivos de estudio; en ese lugar se formó como profesional en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, donde además, conoció a quien próximamente se convertirá en su compañera de por vida.

## Juanito

### Mención honrosa

*Por Iván Rojel F.*

Fue en Punta Arenas. Saliendo de una carnicería de Avenida España, me encontré con él. Estaba por subirme al auto cuando se acercó con una mezcla de cautela y parsimonia. Vestía un suéter de color café claro y unos jeans descoloridos pero limpios, se veía joven pero trasnochado. Un hálito de alcohol me llegó primero que su voz. Quizá por eso lo miré, con desconfianza y mala educación de arriba abajo. La mirada que roció su facha de vagabundo, quedó por un momento fija en las prolijas botas campesinas que llevaba puestas. Muy cuidadas y lustradas, relucientes como espejos.

Después me enteraría que se llamaba Juanito Loncomilla, un vagabundo con mucha luz por dentro.

Al principio me pareció que Juanito Loncomilla, semejaba un actor en plena obra, quizá si en otro tiempo u otra vida habría sido rey, cacique boroano o poeta. Ahora estaba frente a mí en el papel de indigente. Demasiado joven para verse tan envejecido, demasiado limpio y prolijo su vestuario.

Me miró con una mirada amortiguada, de ésas que pretenden molestar lo menos posible, y me dijo: “Disculpe amigo, ¿tiene una moneda? ”. Y ahí comprendí lo de las botas. En su voz venía un tropel de colores conocidos de provincia y pampa, su acento campechano me trasladó en un relámpago a un mundo de coironales y distancias. Y en un segundo me encontré al interior del puesto tibio de una estancia con olor a cuero y a leña... “Un matecito, amigo”, y volteé la cara y allí estaba el hombre tendiéndome la mano con la calabaza. La ventisca del otoño me

dio una bofetada y sentí las riendas frías en las manos, en la huella la nieve era una manta delgada. “Amigo, allá veo la tranquera”, y allí estaba, delante del caballo la huella parecía hervir de vellones movedizos. “Una monedita, amigo”, escuché de nuevo. Frente a mí el hombre sin caballo con la mano estirada y un dejo de impaciencia en la voz campechana. Volví a la realidad, alcanzando a ver por un segundo que las ovejas que iba arreando pastaban en el cemento y las matas negras se mezclaban con los autos que venían por la calle. ¿Un grifo amarillo en medio de la pampa? Me hallé de nuevo en la esquina de a pie y con un dejo de frustración y contrariedad. Hurgué el bolsillo y deposité todo el metal que tenía en esa mano cincelada por las tempestades.

El hombre me estrechó la diestra en un gesto hermosamente rústico de sencillo agradecimiento.

—Gracias.

No podía dejar de preguntarle, movido por esa curiosidad que me desvela, me rebela y me revela y que es parte del mismo motor que me eleva y me transporta sobre las distancias y el tiempo en búsqueda de esas historias chicas que suelen ser más grandes que las historias oficiales.

—Disculpe, amigo, ¿usted fue gaucho?

Juanito Loncomilla se irguió todo lo que pudo sobre sus botas relucientes y mirándome fijamente a los ojos, me contestó con un tono firme aunque lleno de amabilidad.

—Corrección, soy gaucho.

Y claro, yo debí haber calculado que Juanito, aunque sin caballo ni pampa para cabalgar, seguía conservando ese espíritu rural que lo distinguía del resto del mundo que pasaba por las calles. Seguía siendo un centauro errante o un prolijo campañista detrás de los tropeles salvajes o de las blancas majadas, llevaba ese mundo con él. Atrapado en el cemento pero jamás con el cemento adentro, el destino no le hacía mella a su filosofía.

Y sus botas representaban eso, eran lo que le recordaba su orgullo campesino, lo que le quedaba de ese tiempo mejor de cabalgatas desbocadas por las llanuras perfumadas de hierba; eran su tesoro criollo, el último vestigio de su sello de hombre de campo orgulloso y honorable. Eran los pilares que lo sostenían sobre el mundo. Jamás las vendería aunque tuviera que pedir limosna y aunque anduviera ataviado con hilachas, siempre estarían relucientes, pues era su alma la que brillaba en ellas.

Cuando le dije que era admirable el tesón con que conservaba su identidad, se conmovió y pareció querer disculparse por su estado, hasta percibí que las monedas regaladas le quemaban en la mano.

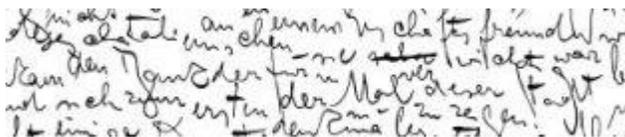
—No hay trabajo —me dijo con la voz casi quebrada—, si yo pudiera, volvería.

Entendí que se refería al campo, a esos potreros ajenos por los cuales había seguramente cabalgado y que él conocía mejor que nadie. Sin duda, esos lugares lo llamaban con una fuerza incontenible, lo reclamaban. Las voces del viento venían por él, repetían su nombre en las lomas, en los cañadones, en las manchas de monte. El enjambre de aromas vegetales, los mugidos de las bestias, los relinchos formaban una nube nostálgica que se acercaba en las tardes a golpear las cuatro puertas de la ciudad blindada, buscándolo a él y a otros como él. Pero Juanito no podía, no tenía cómo, y tal vez se zambullía en el vino para no sentir el llamado del campo que amaba tanto. Tal vez se embrutecía y se ensordecía al eco de ese amor correspondido.

Me hubiera gustado poder decirle algo mejor, pero sólo atiné a tocarle el hombro y a deseárselo suerte. Se fue con los ojos húmedos.

Cuando di vuelta la esquina, lo vi entrando apurado a una cantina de Avenida España. La fachada del boliche era de color verde con blanco, así como los inviernos en la pampa.

**Nota:** *Gaicho:* En Magallanes, sinónimo de hombre de campo, baqueano, campesino.



**Iván Rojel Figueroa**, nació en Puerto Natales un 24 de Octubre de 1967, hijo de Lucy Figueroa Sepúlveda y Rolando Rojel Ortega. Ella, una mujer sencilla y esforzada crecida en la selva araucana de Villarrica; él, un gaicho arriero de la pampa austral. Esta circunstancia hizo que Iván Rojel desde niño creciera en contacto con la naturaleza y la gente del campo magallánico, lo que lo ha llevado a convertirse en un asiduo investigador de la cultura criolla de la Patagonia. Su trabajo de rescate cultural en torno a la identidad rural de la Región Austral, abarca la creación literaria en géneros como poesía, cuento, ensayos y notas divulgativas. En el último tiempo, ha participado en diversos concursos literarios, en los cuales ha obtenido importantes galardones a nivel regional y nacional. El trabajo literario de Rojel está lleno de costumbrismo, identidad y amor a las cosas simples de la tierra patagónica, con un trasfondo didáctico que busca crear conciencia en las nuevas generaciones, dar a conocer y conservar la raíz criollista, como un tesoro cultural único. Aunque Rojel no ha publicado aún ninguno de sus libros, parte de su trabajo está publicado en antologías de concursos, notas de prensa y páginas de internet.

## Como perros

### Mención honrosa

#### *Por Carmen Gloria Baeza*

Los ojos negros del muchacho se abrieron, mirando primero hacia todos lados para asegurarse de que no hubiera nadie y, luego, hacia la cámara en el interior del cajero automático. Después, se acercó decidido, abrió la puerta con una de las tarjetas de crédito que sacó de la billetera robada en la micro, sólo un par de horas antes, y tapó la cámara con su bufanda. Dejó la mochila en el suelo con cuidado, extrajo una botella que traía envuelta en papel de diario y la instaló junto al cajero. Sabía que había puesto suficiente pólvora como para volar el lugar y no quería correr ningún riesgo.

Era un muchacho moreno, de cabello largo, y su extrema delgadez lo hacía parecer mucho menor que los diecisiete años cumplidos sólo un par de semanas.

Se quitó la chaqueta de cuero, la dejó en el suelo, un poco más allá, y acomodó la mecha con cuidado. Después, hurgó en sus bolsillos en busca de los fósforos y chasqueó un par de veces, sin lograr que encendiera.

—A la conche...—refunfuñó molesto, en voz muy baja, casi para sí mismo.

Había preparado una mecha con un cordón grueso de algodón, impregnado en bencina. La había dejado lo suficientemente larga como para alcanzar a salir del lugar y parapetarse. Estaba algo nervioso y tenía las manos torpes por el frío de la noche. Levantó la vista para asegurarse que no viniera nadie y chasqueó de nuevo, y luego otra vez, hasta que su rostro se iluminó, contrastando con la oscuridad

afuera. Sólo un par de días antes, él mismo había destrozado las luminarias de la cuadra a punta de pedradas. Intentó encender la mecha, pero en cuestión de segundos, la llama del fósforo había alcanzado sus dedos. Casi instintivamente, sacudió la mano y lo dejó caer. Enseguida, sintió un ligero dolor en su pierna derecha, como una pequeña mordedura. Sobresaltado, dio un brinco hacia atrás y entonces vio la mecha encendida que rodeaba su pierna.

Intentó quitarla, pero la llama consumía rápidamente la tela de su pantalón, al mismo tiempo que seguía el curso de la mecha empapada en combustible en dirección a la botella. Un par de gotas de sudor aparecieron en su frente. ¡Chuche...! –gritó–. Comenzó a saltar y pisotear sobre el cordón encendido, con desesperación, mientras aplastaba con sus manos, la llama que ahora había alcanzado la otra pierna, avivada por el viento que se colaba por la puerta entreabierta.

Sólo un momento más tarde, vino el estruendo. Una gran fuerza elevó al muchacho y lo azotó contra el ventanal, luego cayó al suelo. Sintió como si su cabeza fuera a explotar y un grito se ahogó en su garganta. Trozos de vidrio, latas y pedazos de fierros volaban sobre su cabeza como en cámara lenta. Intentó levantarse en medio del caos, pero un dolor agudo en toda su pierna, lo impidió. Se enderezó para mirar, quitó la tela del pantalón, que aún permanecía adherida a su piel, y entonces pudo ver las quemaduras que le llegaban hasta el muslo, y un gran trozo de metal incrustado, un poco más abajo de la rodilla. Un escalofrío lo recorrió entero. Casi sin pensar, jaló del metal con todas sus fuerzas hasta arrancarlo. El hueso blanquecino de la tibia quedó al descubierto, y casi de inmediato, la sangre comenzó a brotar a borbotones. Rápidamente, cortó un trozo de tela de la manga de su camisa y la envolvió con fuerza sobre la herida. No tenía mucho tiempo, sabía que a esa hora de la noche, las calles están siempre despejadas y la policía no tardaría en llegar.

Se levantó del suelo con gran dificultad, y arrastrando la pierna salió del lugar lo más rápido que pudo.

Sintió como si la pierna comenzara a caerse a pedazos. El dolor era insoportable y aumentaba en la medida que avanzaba por las calles oscuras, tratando de llegar donde el Negro, que lo estaría esperando en el callejón Santa Gracia, con la moto encendida.

Cuando alcanzó la esquina, miró hacia el fondo del callejón, pero no había nadie. ¡Negro, arrugón, conche su...! ¡Se cagó de miedo!, gritó, rascándose la cabeza.

Hurgó en sus bolsillos en busca del teléfono, pero recordó que estaba en la chaqueta que había dejado olvidada en el cajero. ¡Míe...!, me van a agarrar, pensó. Movía la pierna con dificultad, y a través de la improvisada venda, brotaba un chorro de sangre que escurría hasta el pie. Tenía la garganta seca, le costaba respirar.

Continuó corriendo por entre las callejuelas con su pierna a rastras. Volvió furtivamente la cabeza para ver si lo seguían, y no vio a nadie, pero ya comenzaba a oír el sonido inconfundible de las sirenas de la policía, acercándose peligrosamente.

Un ramalazo de viento frío se coló por entre sus ropas rasgadas y lo hizo estremecer. Tenía mucha sed. Su pierna se había vuelto pesada, como si arrastrara un gran bloque de cemento, y el dolor le estaba comenzando a irradiar hasta la cadera. Se detuvo un segundo para dar un vistazo a la herida. Las quemaduras se habían levantado en grandes ampollas y la venda se había vuelto roja por la sangre. Se sintió completamente perdido. Pensó en su madre. Le pareció estar oyendo lo que diría si lo viera en ese estado: *eres un inútil, sirves sólo para traer problemas*. Esperó un par de minutos parapetado detrás de un árbol y corrió nuevamente hasta el callejón Santa Gracia con la esperanza de que el Negro hubiera regresado a recogerlo. Pero ahí no había nadie.

Sin hallar otra cosa que hacer, decidió pedir ayuda en la casa del Guarén Muñoz. Recordaba haber ido alguna vez a su casa, por esa zona. Habían sido

amigos en el liceo, aunque no lo veía desde que decidió que ir a clases era una pérdida de tiempo, hacía ya unos tres meses. No me va a negar ayuda ahora, después de que lo salvé del canazo unas cuantas veces, pensó.

Comenzó a buscar por entre los pasajes angostos y las callejuelas, hurgando con la vista sobre las paredes de las casas antiguas, a ver si podía reconocer la casa de su amigo. No recordaba el nombre del pasaje, pero sabía que era por ahí cerca. Sin embargo, mientras más avanzaba, todo se iba volviendo extrañamente desconocido. Se sentía completamente desorientado. Después de un rato, incluso los árboles le parecían de un tipo que él jamás había visto, en un lugar en el que no había estado nunca. Llevaba por lo menos media hora buscando, y ya no le quedaban fuerzas. El ulular de las sirenas de Carabineros se oía cada vez más cerca, como perros olfateando el olor de su sangre. De pronto, cuando ya comenzaba a perder las esperanzas, reconoció la plazoleta en donde alguna vez se había reunido con el Guarén a fumarse un pito de marihuana. Su corazón dio un vuelco de alegría. Ahí estaban los mismos escaños viejos y los mismos faroles imperiales rotos, bajo los árboles.

Avanzó un par de metros más y llegó hasta la casa del Guarén. Le pediría un vaso de agua y le diría que sólo quería descansar un rato, que no deseaba que saliera perjudicado, así que después se iría pronto, y no volvería nunca más en la vida a molestarlo.

Golpeó la puerta y esperó unos segundos, pero nada. La sangre había manchado las Nike, y su huella había quedado marcada en el pavimento desde la plazuela hasta la escalinata. Golpeó otra vez, y una vez más, con todas sus fuerzas, y cayó tendido, sin poder levantarse.

–Guarén, amigo. No venga a pegarme la desconocí'a, ahora que lo necesito – gimió.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, se arrastró hasta la plazoleta y se dejó caer de espaldas sobre el pasto frío, bajo los árboles.

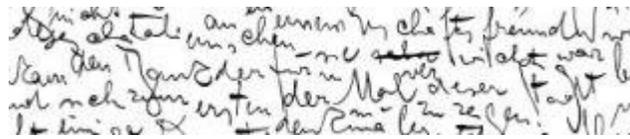
Era el mes de junio de uno de los peores inviernos de los últimos cincuenta años y a esa hora los callejones con poca luz comenzaban a quedarse completamente silenciosos, mientras la escarcha endurecía el pasto y las hojas de los árboles.

–¡Amigo, no me deje morir aquí ! –murmuró, casi sin fuerzas.

Las enormes casas antiguas parecían muertas y los faroles no lograban iluminar los rincones oscuros en donde estaba el muchacho. Sólo un par de cuadras más allá, se oía el rugir de los autos y el rumor de las sirenas que transitaban de este a oeste y luego regresaban haciendo el mismo ruido, que interrumpía el silencio de la noche. El dolor insoportable y el frío ya no le permitían moverse. Se estremecía. Sentía que su pierna se había convertido en un globo y sólo debía esperar a que reventara de una vez. Y entonces, apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza. No supo cuánto rato estuvo así, apretando los dientes, comprimiendo los músculos, hasta que de pronto, el dolor comenzó a desaparecer. Tampoco sentía tanto frío. Las sirenas de la policía ya no se escuchaban. Al fin habían dejado de buscarlo. Tal vez fue sólo un sueño, pensó, dejando que su cuerpo descansara bajo la escarcha.

Tenía que volver a su casa antes de que amaneciera. Su madre comenzaría temprano con su cantinela de que no debía faltar de nuevo al Liceo. Me tiene aburrido, pensó. Yo creo que ya sabe que hace tiempo que no voy, y se hace la lesa. Pero cuando le llevo platita, na' que me pregunta de 'ónde la saqué. De seguro cree que asalto a gue'ones cuicos, hablando en inglés. ¡Perdone, Míster!, ¿quisiera darme su *wallet*? ¡Waletera!, dijo en voz alta y comenzó a reír, con una risa fuerte que resonó entre las callejuelas antiguas.

Su cuerpo entero estaba relajado ahora. El dolor y el frío habían desaparecido. Se acomodó, cerró los ojos y se dejó llevar por el silencio de la noche.



## **Carmen Gloria Baeza**

Escribe cuento y poesía desde que era niña, bajo el seudónimo de Josefa Nahuelpán.

Nació en Huiscapí, un pequeño caserío de origen Mapuche, enclavado en el valle fértil, entre las ciudades de Villarrica y Loncoche en la novena región. Estudió Pedagogía en Inglés en la Pontificia Universidad Católica, pero hace más de veinte años que trabaja en una empresa en la ciudad de Santiago y el poco tiempo que le resta, lo disfruta leyendo, escribiendo poesía, cuentos y desde hace un poco más de un año, está dedicada de lleno a escribir su primera novela. Algunos de sus relatos se encuentran publicados en antologías, tales como:

En el año 2004 se publica el cuento “Ahora es todo un hombre” en la antología *Puro Cuento*, de Editorial El Mercurio-Alfaguara, recopilación de Marco Antonio de la Parra.

En el año 2009 obtiene el primer lugar para la Región Metropolitana en el Concurso Relatos Campesinos organizado por La Fundación de Cooperación para la Agricultura. El cuento titulado “La Mancha”, se encuentra publicado en una antología titulada *Relatos Campesinos*.

En el año 2011 participa en el Concurso de Cuentos Teresa Hammel, en donde obtuvo mención honrosa con el cuento “La Trampa”, el cual fue publicado en la antología correspondiente a ese año.

En el año 2011, Editorial Santillana publica el cuento infantil “El Circo”, en el libro “Lenguaje y Comunicación de 2° Básico”.

Ha participado en varios talleres de narrativa y poesía, tales como:

1. Taller de poesía del profesor Fernando Valenzuela.
2. Taller de análisis poético, impartido por el escritor y profesor de literatura, don Mario Valdovinos, en la Fundación Neruda.
3. Taller de narrativa, impartido por Mario Valdovinos.
4. Taller de narrativa, que imparte la escritora Alejandra Basualto.
5. Actualmente, participa en el taller de narrativa del escritor Gonzalo Contreras.

## “Weichan” Batalla

### Mención honrosa

*Por Felipe Mujica*

Al compás de los truenos y relámpagos que salían de entre las nubes avanzaba el ejército. Un número casi incontable de bestias, criaturas y engendros se movía a gran velocidad con el único propósito de detener a las últimas fuerzas de la resistencia de los pueblos del sur. Muchos de los que marchaban en aquellas siniestras filas, en otro tiempo habían sido valientes guerreros, hombres y mujeres, los que a causa de la codicia y promesas de poder habían entregado su voluntad a los espectros oscuros y transformados en monstruosas bestias carentes de voluntad. Cada uno de ellos pisaba el suelo con la fuerza de diez hombres y la fiereza de una jauría de animales salvajes. Rasgaban la tierra, se empujaban unos a otros, pasaban sus manos por sobre hocicos y bocas; otros se lamían los labios. El sólo hecho de pensar en que probarían nuevamente la sangre les hacía agua la boca. Habían dejado atrás su humanidad, eran bestias de ojos rojos, dientes afilados y piel de color blanco que evocaba a la muerte. Otros, con formas de serpientes voladoras, criaturas que existían desde los inicios de la creación del Nag mapu, incluso antes de que el hombre habitara la tierra. Alwës, invunches, el basilisco y muchas otras bestias más.

El momento había llegado. Una sola orden y la batalla iniciaría. Los guerreros del sur esperaban pacientemente, listos para dejarse caer en el momento que dieran la señal. En unos instantes se definiría el destino de la tierra del sur, de todo el Nag mapu. Se determinaría si la mano de los invasores del norte, dirigidos por los wekufe, tomaría finalmente control de aquel último reducto libre; o si lograrían liberar a las naciones de la opresión del imperio de los wekufe, conocidos como los espectros de la oscuridad. Neuquén se encontraba a torso descubierto, sólo con un cintillo en su cabeza, un hacha en la diestra, unas boleadoras

amarradas a su muslo y un pergamino en la alforja de su caballo. Montaba así, como tantos otros, su caballo sin montura, ni riendas, sólo con sus manos y las fuerzas de sus piernas. Su cuerpo evidenciaba heridas de guerra, de las que aún brotaba sangre; otras, comenzaban a cicatrizar. No le importaba el dolor, ya se había acostumbrado a él. Miró a sus hombres, con los que había luchado tantas batallas, representantes de todo pueblo y tribu: los Onas, Quechua, Yagán, Huilliches y Mapuches. Diferentes lenguas, rasgos, costumbres, pero todos unidos por una noble causa, recuperar la libertad perdida. Neuquén se aferró con fuerza de los cabellos de su animal y éste se alzó en sus patas traseras, dándole así la presencia de un cacique. Un hedor putrefacto salía de la nube anunciando que pronto iniciaría la batalla. El animal relinchó y golpeó el suelo con sus patas delanteras. El guerrero supo que había llegado el momento de hablar. Fue entonces que pronunció su discurso.

–¡Hermanos míos, no hemos venido este día a perder la batalla. Su voz se escuchaba cansada pero firme. –Hemos llegado hasta éste lugar con las fuerzas que Ngünechen nos ha dado. Por tanto, que no desfallezcan, pues es mejor un día en el reino de nuestro Señor que mil años fuera de él!–. Tomó aire y continuó. –¡ En este día Él pondrá al enemigo en nuestras manos–. Su mano apretó el hacha y se aferró al animal. Entonces gritó: –¡Hoy recuperaremos nuestra libertad!

Todos gritaron “Itrólle ka” al unísono, que traducido significa "¡Sí, así es!", mientras levantaban sus armas. Entonces, corrieron en contra del ejército de bestias. Un mar de hombres, todos como uno contra las criaturas que, entre gemidos y gritos, buscaban acabar con aquellos valerosos hombres. Al cabo de algunos minutos ambas fuerzas se encontraron, el ruido de golpes, entre hachas y lanzas; los gemidos de bestias heridas, los gritos de hombres que caían al suelo. De pronto, un aliento a carne podrida golpeó el rostro de Neuquén: era una de las criaturas que lo atacaba, semejante a un felino de pelaje duro, como si fuera hecho de espigas, con dientes tan filosos como espadas y un hocico tan grande que podría haber devorado la cabeza del guerrero de un solo bocado. La bestia lo derribó del

caballo y ambos rodaron por el suelo. Neuquén intentaba evadir los constantes mordiscos dirigidos a su rostro; sin embargo, las garras de la bestia le producían graves heridas en todo su cuerpo. De pronto, sintió cómo uno de los zarpazos daba directamente entre sus costillas y perforaba la piel llegando a la carne viva. Dio un enorme quejido y, tomando su hacha con las últimas fuerzas que le quedaban, descargó un golpe sobre la cabeza del animal; éste dio un rugido y cayó muerto ante sus pies.

El guerrero se reincorporó como pudo y observó a sus compañeros luchando con todas sus fuerzas. Sin embargo, iban perdiendo la batalla. El último de los ejércitos rebeldes comenzaba a caer ante la potencia de sus enemigos, quienes se levantaban una y otra vez, cual ola del mar que arremete contra la costa. La oscuridad ocultaba casi por completo el desastre que las fuerzas de los wekufe causaban en el ejército de Neuquén. Aun así sabía que pronto serían derrotados. El constante ataque de los guerreros del sur produjo que las criaturas comenzaran a desordenarse, mientras los que parecían estar a su cargo golpeaban a las bestias para que se reincorporaran a la batalla. Aquello ya no era una batalla, se había transformado en una carnicería. Entonces, Neuquén recordó que con él llevaba el arma más poderosa de todas, la única que realmente podría destruir a sus enemigos. Buscó el pergamino que llevaba consigo. Recordó que se encontraba en la alforja en su caballo. Lo buscó por todas partes, pero no lo encontró, lo único que sus ojos veían era el cruel escenario de matanza y bestialidad que se extendía a lo largo del paisaje. Notó cómo el suelo se teñía de rojo, producto de la sangre de sus hombres, la que era derramada sin misericordia. Se abrió paso entre guerreros y bestias; unas cuantas se levantaron contra él, mas éste pudo vencerlas con las pocas fuerzas que le quedaban. Entonces lo vio, ahí estaba su caballo, vivo, luchando por su vida entre patadas y relinchos; y sobre su espalda se encontraba la alforja y en ella el pergamino. Corrió hasta donde éste se encontraba. Saltó sobre su lomo y sujetándolo con fuerza metió su mano al interior del bolso, buscó con desesperación el preciado objeto; en un principio no lo sintió por ninguna parte. Su corazón se detuvo, no podía ser que no estuviera ahí. Entonces tocó algo, un papel

enrollado, era el pergamino de los Ad mapu, el texto en donde se encontraban las enseñanzas sagradas dadas por Ngünechen. Lo sacó con presura, se montó en su caballo, fijó la mirada en las letras que llevaba escrito. De pronto, una paz como nunca antes inundó su alma. Entonces, comenzó la lectura. Eran palabras escritas en una lengua antigua, comprensible sólo para los ancianos de aquellas tierras. Entonces, el rollo se llenó de luz y un resplandor como río de oro comenzó a salir de él, el cuerpo de Neuquén centelleaba junto a éste. Su voz ya no era humana, sus ojos eran semejantes a fuego, su piel morena se había transformado, más parecida a la luz de Antú que al color de los hombres. Su cabello largo y negro se movía refulgente como el mar de noche. A medida que iba leyendo el texto, no sólo él, sino todo su ejército se iba transformando en semejanza a los pillán, los espíritus puros. Continuó la lectura.

Mientras esto acontecía, una figura se levantó de entre las bestias que luchaban. Un grupo de los más valientes guerreros fueron en su contra: era el traidor. Le hicieron frente con gallardía y decisión, pero no fue suficiente. Cayeron ante sus manos. Todo aquel contra el que alzaba su lanza caía. El guerrero de los wekufe era Curon, quien una vez fue designado como el hombre de donde saldría el líder de todo el reino de Nag mapu, el reino de los hombres. Sin embargo, a causa de su maldad y codicia había desechado a su pueblo. De pronto rompió el silencio.

—¡Tal vez tú seas el general de Ngünechen, pero yo seré el señor y rey de Nag mapu y dominaré sobre todos! ¡Viviré en el eterno vacío del cual seré dueño, amo y gobernador, devoraré y me alimentaré y viviré de la vida de otras criaturas.

Luego de decir estas palabras, su boca se curvó en una siniestra sonrisa. Entonces, alzando su mano dejó ver el cuerno negro que llevaba en su mano, signo de que había consagrado su alma a las fuerzas de los wekufe. Murmuró unas palabras en una lengua desconocida para los humanos, sus labios se acercaron lentamente al cuerno; parecía disfrutar enfrentar a sus antiguos compañeros. Entonces, dejó salir un soplido que recorrió el cuerno, de éste emergió un torrente de oscuridad y fuego del que se podían oír gemidos y quejidos como si personas

estuvieran siendo torturados en su interior. Era un mar de dolor y maldad el que brotaba desde lo más profundo del Minche mapu. El joven guerrero tomó una vez más el rollo y continuó su lectura. Entonces, la tierra rugió, los cielos fueron conmovidos y las lumbreras irradiaron su luz. Repentinamente, se escuchó una voz, la que llenó todos los rincones de los cielos, era como millones de volcanes explotando al unísono. Pacífica y poderosa, feroz y reconfortante, tan potente que hasta los cimientos de la tierra fueron remecidos y el mar retrocedió. Los cielos se tiñeron de rojo y hasta Antú detuvo su andar. Los guerreros de las naciones del sur al oír aquella voz guardaron silencio con reverencial temor. Esto fue lo que se escuchó por toda la tierra:

–¡Por cuanto se enalteció tu corazón y dijiste en tu interior será como Ngünechen y seré sobre todos, has sido desechado. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus deseos profanaste mi tierra. Por tanto, he aquí que yo sacaré fuego que te consumirá y te pondré como asco y desecho de todo lo creado. Todos se espantarán de ti y ya no sabrás qué es el amor, vivirás un hambre eterna y nunca te podrás saciar, pues desechaste el único alimento que de verdad alimenta. Esta es mi palabra, la ley eterna, el Ad mapu!

Hubo silencio, el decreto había sido dado; en un abrir y cerrar de ojos la tierra fue abierta y las bestias de la oscuridad fueron tragadas entre luz y llamas. Era Ngünechen mostrando su grandeza y poder, el Espíritu que da vida a todo los seres, en quien se une lo divino. Era Él que manifestaba su potencia.

De pronto, Neuquén despertó. El sudor empapaba su rostro, su respiración agitada mostraba que ese no era cualquier sueño. Era una batalla ocurrida hacía ya decenas de años, la muestra de la protección que él y los suyos habían vivido. Un recuerdo del pasado, uno tan oculto y profundo que ni él sabía que aún lo guardaba con tal claridad. Tuvo la certeza de que algo venía sobre todo el Nag mapu, posiblemente un mal tan grande como el recuerdo aún mantenía de la antigua batalla ocurrida cien años atrás, la que había asolado todas las tribus del sur de la tierra.



## ¿Dónde está Teresa?

### Mención honrosa

***Por Francisca Baeza***

El “peep” del microondas anuncia a Laura que la comida está lista. Con movimientos mecánicos pone el pocillo sobre la mesa, abre el cajón de los cubiertos, saca una cuchara y revuelve el contenido, una papilla de pollo con verduras que no luce muy apetitosa. Toma un paño de cocina, se lo pone sobre el hombro, recoge la bandeja y se dirige al comedor.

Tita sigue en la misma posición donde la dejó. No ha movido ni un solo músculo, y su mirada –casi ciega según el último examen médico- observa un punto fijo en la pared. Al escuchar los pasos que se acercan, su rostro se ilumina.

–¿Teresa? ¿Eres tú?

–No, mamá, soy yo, Laura.

–Ah. ¿Y dónde está Teresa?

–En su casa. Vendrá el domingo, con Lucas y los niños.

–¿Y qué día es hoy?

–Miércoles.

–Ah.

Le pone el paño de cocina alrededor del cuello, la acomoda mejor en la silla y comienza a darle la papilla en la boca.

–Esta comida es una mierda. No tiene nada de sal.

–Es que no puedes comer sal. El doctor te lo dijo.

–Ese hombre no tiene idea. Parece que me quiere matar de hambre, y tú lo ayudas.

Laura se muerde el labio inferior. Ha aprendido que muchas veces el silencio es la mejor respuesta. Vuelve a la cocina a buscar un yogurt de frutilla, el favorito de Tita, y la ayuda a terminarlo.

Luego de acostarla, Laura se desviste y se mete a su cama. Desde que su padre murió, decidió que lo mejor era reemplazar la cama matrimonial por dos de una plaza. Era muy cansador caminar desde el fondo del pasillo para ayudar a Tita a ir al baño, y además estaba ese miedo constante de que se cayera. A esa edad, una fractura podría ser fatal.

Laura espera que esta sea una buena noche, sin gritos, aplausos o llantos. Enciende la luz del velador y toma el libro que ha intentado terminar hace meses.

–Tengo ganas de ir al baño.

–Mamá, acabo de llevarte.

–Es que me dieron ganas de nuevo.

Laura deja el libro sobre la cama y respira profundo antes de levantarse, como vio en una clase de yoga por la televisión.

Es día de Sábados Gigantes. A Tita le gusta mucho ese programa, especialmente los concursos, aunque solo puede escucharlo. No puede comprender cómo las personas son tan brutas y siempre eligen los mismos números.

Laura sospecha que otra de las razones de por qué su madre disfruta el show es que Don Francisco anticipa la visita de su hermana. Aunque por supuesto, no es consciente de eso. Hace tiempo que su mente vive en su propio espacio, saltando del pasado hacia el presente y mezclando sin ton ni son situaciones y personas. Excepto una.

Justo antes de que termine el programa, suena el teléfono. Laura se levanta del sillón y se dirige al vestíbulo para contestarlo.

La voz alegre y chillona de Teresa es la que se escucha desde el auricular.

–¿Aló, Laura? ¡Bueno, quién más me va a contestar el teléfono en esa casa! Linda, te llamo para avisarte que mañana no podré ir, porque Lucas nos llevará a mí y a los niños al campo. Sabes que te invitaría, pero ni pensar en sacar a mi mamá a la calle, con lo débil de cuerpo y mente que está la pobre, no quiero sentirme culpable si le llega a pasar algo ¿Le puedes explicar que surgió algo importante y que le prometo ir la otra semana sin falta?

Se le ocurren varias respuestas, todas irónicas e hirientes. Sabe que no las dirá.

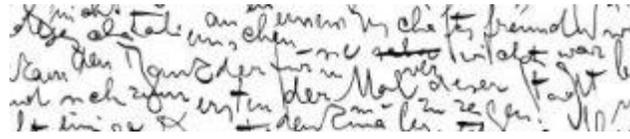
–Por supuesto, Teresa, pásenlo bien y disfruten el aire puro. Un montón de abrazos a los niños.

Laura cuelga el teléfono y se queda mirando el aparato como si lo viera por primera vez. Regresa con paso cansino al salón y cuando acomoda la manta de Tita sobre su espalda, ésta pregunta:

–¿Quién era?

–Nadie, mamá. Era una encuesta política.

Tal vez mañana será el día que estaba esperando.



Die alte, an einem by die freundlich  
kam den Namen der in der Welt war  
not mehr zum ersten Mal dieser faul  
die in der Welt der einmal zu sein: 10/11

**María Francisca Baeza Lagos.** (Peumo, 1980). Periodista y Magíster en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Alumna del taller de cuentos de Marcelo Simonetti.

## **Madera de artista**

### **Mención honrosa**

***Por Patricio Valenzuela L.***

El teatro estaba tan lleno que los dueños tuvieron que acondicionar los pasillos para que el público pudiera sentarse. Mi socio, Gino, estaba más nervioso que de costumbre; no entiendo el por qué, esta rutina la hemos presentado miles de veces a lo largo de todo el país y siempre la gente termina riéndose a carcajadas. Además, las personas repletan los escenarios sólo para verme a mí, el gran Fabrizio De Grazia, una de las estrellas más importantes de toda Italia, y soy yo, y sólo yo el verdadero centro de atención.

Sobrevivir en el mundo del espectáculo no es fácil, con decirles que cuando yo empecé en el negocio, hace más de 30 años, existían cientos de parejas de artistas que hacían lo mismo que Gino y yo, pero no eran rivales dignos, todos terminaron sucumbiendo ante mi talento sin igual. No quiero sonar soberbio, pero yo soy el alma de la rutina, aunque si bien, Gino es un gran compañero, el tiempo le ha pasado la cuenta y sus movimientos se han vuelto lentos, incluso, no pocas veces ha olvidado los parlamentos en medio de la rutina, imaginen eso, ¡Imperdonable!, en cambio yo, apenas he sufrido el paso de los años, pese a lo mucho que llevo en el ambiente y la vida nocturna propia de la bohemia italiana.

Estamos a 30 minutos de empezar y Gino está agotando mi paciencia, lo veo dar vueltas de un lado para otro sin dejar de murmurar el guión que tiene que decir esta noche. Aún recuerdo nuestros inicios. Gino tenía un talento natural para hacer reír y lo más importante, poseía la mente más ágil que había visto en toda mi vida. Me da un poco de pena contemplar su ocaso, ahora no queda nada de aquel artista

nato. Ahora es un viejo nervioso y vacilante, debería aprender de mí, siempre sentado en un rincón, imperturbable antes de actuar.

Estamos a unos pocos minutos de salir, el público esta noche parece difícil, desde el camarín podemos escuchar unos fuertes abucheos hacia nuestros teloneros, un domador de perros bailarines. ¿A quién se le ocurrió contratar a esos novatos? Ojalá se sienten en primera fila para que vean actuar a los verdaderos profesionales.

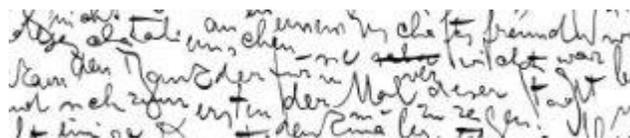
Noto a Gino respirar hondo y tragar saliva, su mirada me encuentra y en apenas un susurro me dice ¡Buena suerte, Fabrizio! Sus palabras de ánimo antes del show siempre son esas, nada de cosas como “rómpete una pierna” o la que a mi gustó siempre me ha parecido tan vulgar “mierda, mierda, mierda”; no, Gino nunca ha sido supersticioso, a diferencia del resto de nuestros colegas artistas.

Con gran solemnidad nos dirigimos al escenario. Los reflectores nos daban de lleno en la cara y por un instante pude ver, no sin cierta preocupación, el sudor que le recorría la cara y las manos de Gino, sólo imaginar que debe tocarme con esas manos durante el show me causa cierta repugnancia, pero es un sacrificio menor que todo artista de primer nivel debe hacer en beneficio del espectáculo.

Ambos sabíamos que mantener al público entretenido no sería una tarea fácil, Gino es el encargado de iniciar la rutina, y si comete un error, nuestra carrera podría terminar de inmediato. Por suerte para ambos, Gino abrió con el chiste del burro y la monja, ése nunca falla cuando el público es complicado, y eso dio paso para que nuestra rutina fluyera de forma natural. Teníamos a todos comiendo de nuestra mano, salvo unos pequeños errores de Gino, todo resultó espectacular.

Los aplausos eran ensordecedores dentro del teatro, todos nos aclamaban, aunque el público desde sus asientos no podía ver a Gino, jadeante por la falta de aire que le acarrea el esfuerzo de actuar. Debo cambiar pronto de socio, o si no, el declive de Gino me arrastrará junto con él. He pensado seriamente asociarme con Salvatore, su hijo. Es 20 años menor, y se sabe toda la rutina de memoria. Tiene

talento el muchacho. Gino debe de intuir el curso natural de las cosas, no en vano ha pasado estos últimos cinco años enseñándole los secretos del negocio. Veo en su hijo el futuro de la comedia, y para el sería un honor trabajar a mi lado. Es muy sabido que muchos ventrílocuos matarían por poder actuar junto al gran Fabrizio De Grazia, el mejor y más talentoso muñeco de madera del mundo.



**Patricio Valenzuela** nació en Concepción en 1984. A los 4 años se trasladó junto a su familia a la ciudad de San Antonio.

Sus estudios los realizó en el colegio Juan Leyton Ramírez y posteriormente en el colegio People Help People, de Santo Domingo.

Ingresa a la Universidad de Playa Ancha en Valparaíso el año 2002, y obtuvo el título profesional de Kinesiólogo.

Actualmente, se desempeña en el hospital Claudio Vicuña de San Antonio.

En el ámbito literario, se dedica a la creación de cuentos cortos durante sus ratos libres, sin haber publicado aún.

Participa en el taller literario en línea del sitio web:

<http://www.literautas.com/>

## Le Moulin

### Mención honrosa

#### ***Por Alexis Baros López***

La voz del conductor suena opaca de tanto repetir que este tren pertenece a la ruta verde y que la próxima estación es Santa Isabel..., otra vez Santa Isabel. Pero ya no lo escucho, ya no le entiendo, pues me he puesto los audífonos y Amy Winehouse canta con la melancolía de siempre, en su último concierto en Londres. Lástima que ya no podrá venir a Chile; en todo caso tampoco hubiese venido estando viva. Sin embargo, ya no es ella la que suena y me levanta los pensamientos, sino Yann Tiersen, quien sin pronunciar palabra alguna, me lo ha dicho todo.

Santa Isabel, deje bajar antes de subir. Y la música empieza, mas no puedo distinguir qué produce las tristes notas que ahora se abren entre el silencio. ¿Cómo se llama, Alberto? ¿Qué instrumento es este? Sé que tú sabes, siempre lo sabes todo, dime por favor, no me gusta quedarme con dudas. Melódica, se llama Melódica. Y Yann me lleva al dormitorio de tu departamento. ¿Melódica? Nunca lo había oído. Es como un órgano, pero se sopla y ¿qué estás escuchando? *Le Moulin*, es una canción de Amelie. ¿Francesa? *Oui, cher* Albert. Y nos reímos juntos. Es la primera vez que iba a tu casa, creo que después de molestarte tanto, por fin logré convencerte de que me invitaras a nadar en la piscina del condominio. Y es que después de todo, eres el único que conoces mis secretos, miedos, deseos; lo que nadie más debe saber. Luego de jugar en el agua, volvemos a tu dormitorio y ahí descansamos en la cama buscando una película en la televisión. Y no hacemos nada, sólo estamos ahí, sólo somos dos, como las dos melódicas que ahora suenan juntas.

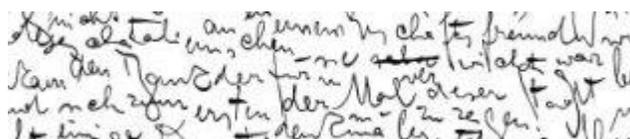
Y la música continúa, pero ahora es el piano que suena tenue. Y las corcheas se elevan y caen, nacen y mueren en mis oídos. Siempre quise tocar el piano, Alberto; todos decían que mis dedos eran de pianista, largos, delgados, pero nunca aprendí, me tuve que conformar con la guitarra, pero tú tocas el bajo, podríamos tocar juntos, ¿qué dices, Alberto? Toquemos juntos algún día. Mas no me respondes, pareces dormido y te contemplo. Te contemplo, sin embargo no puedo quedarme con tu imagen. Yann la borra, la deshace en cada nota que le roba al piano. Te muevo y sonrías y me haces cosquillas y yo me retuerzo, me intento esconder, enterrar en tu cama, quitarte la mano, pero no quiero, porque me convierto en el piano y tú eres el músico que hace música con mi risa. No obstante, de un momento a otro ya no lo hago, me quedo en silencio, dejas de hacer concierto con mi cuerpo, pues ahora me quitas los suspiros para atraparlos en tu boca.

Próxima estación Baquedano, combinación a línea 1. Yo vivía ahí, pero no me gustaba, siempre había mucho ruido y no podía estudiar bien. Claro, el que más estudia... ¡Qué te pasa! Si ahora me va bien, seré un buen geógrafo. Y yo escribiré una teoría de psicología y te la dedicaré a ti, Alberto. Y Yann me dice *bésalo* y le hago caso, y a él le dice *quíerele*. Alberto sólo me besa; el piano continúa. Vamos Alberto, baila conmigo, no me importa que los pasajeros del metro me vean, no me importa que se rían, si estoy contigo nada me importa. Pero, muévete, no te quedes ahí parado, que el vaivén de las ruedas sea tu guía para este baile que no tiene ritmo. ¿No quieres bailar? ¿Qué te pasa, Alberto, qué tienes? ... Háblame, por favor. Háblame, por favor...

Y Yann me llama, Yann me lleva. Vamos Alberto, vamos juntos, tenemos que bajarnos, no te puedes quedar arriba. No me mires de esa manera, no te quedes en la cama buscando películas, tenemos que tocar la guitarra y el bajo juntos; hazme cosquillas nuevamente, quiero ser el piano y mi risa la música que de ahí nace, quiero ser el Molino y tú el Viento que me haga girar. Sigue tocando, sigue tocando, que la canción no se nos acabe nunca, quiero escucharla siempre... pero Yann ya no me lleva, Yann me ha dejado, Yann ya no hace sonar el piano y con eso me roba tu

pensamiento, me quita tus imágenes y de *Le Moulin* ya no queda nada, salvo un último suspiro, las últimas notas que se pierden en el subterráneo. El silencio de la música y los ruidos de los pasajeros, las ruedas se frenan lentamente.

Próxima estación El Término, combinación con La Despedida. Se les recuerda que todos los pasajeros deben descender...



**Alexis Baros López** (Santiago 1992) Estudiante de Enfermería, mención Salud mental y Psiquiatría en la PUC. Ha sido alumno de Marco Antonio de la Parra en el taller de creación literaria mención narración. Ha participado de los talleres de poesía impartidos por Elvira Hernández, Paula Ilabaca y Héctor Hernández. Ha sido premiado, bajo el seudónimo de Alfonso Anthes, por la Ilustre Municipalidad de Maipú (2007). El 2009 obtiene el segundo lugar en el concurso "Sea breve, por favor" organizado por la Corporación Letras de Chile. En el 2010 obtiene el primer lugar en el concurso "Viaje a la semilla", organizado por la universidad ARCIS. Por último, en el año 2013 publica su primer plaquete titulado "Palabras del Enfermero" en la escuela de enfermería de la PUC, además de ser publicado en diferentes antologías poéticas a cargo de la Corporación Balmaceda Arte Joven.

## Miseria de vida

### Mención honrosa

***Por Dolores González O.***

Saltando entre los charcos dejados por la abundante lluvia caída durante la noche, los dos chiquillos hacen lo imposible para evitar mojar los calamorros que llevan puestos. Los tuvieron toda la noche bajo el brasero y hoy, muy de mañana, los embetunaron con enjundia de pollo y les acomodaron un grueso pedazo de cartón para evitar que la humedad traspasara las partes más gastadas de las ya agotadas suelas. Ayer fueron en busca de una fragante rama de pino para esperar la noche buena, ésa en que nace un rubio niño Dios; su madre hoy lo enterrará en un viejo tarro y, cuando regresen de la escuela, entre los tres le colgarán unos cuantos trozos de madera y unas cuantas ciruelas pintonas que ya tienen escogidas.

El frío esta mañana cala muy dentro, y parece colarse por entre los agujeros de sus pantalones de lana. *Tal vez hubiera sido mejor quedarnos en el rancho*, se dice a sí misma la niña, encasquetándose el gorro que lleva sumido hasta las orejas; luego, se conforma y continúa su camino. La verdad es que el sonido del hambre en las tripas fue lo que hizo que se decidieran partir a la escuela; allí al menos tomarán leche y comerán algo tibio al almuerzo, además de jugar y escribir palotes en los cuadernos.

Este fue un crudo invierno, más lluvioso que el anterior y también mucho más helado; más encima ahora sin su padre, la cosa se ha puesto muy difícil. El frío acabó por matar todas las aves que su madre tenía y, de lo poco que quedaba para guarda, ya quedan los puros rastrojos. Por eso para este verano, saldrán a las cosechas junto a ella. Su padre partió una mañana en busca de mejores horizontes y ya nunca volvieron a saber de él; quizás quedó por ahí botado en algún camino solitario o tal vez simplemente los olvidó.

-No pisis el agua poh, Manolo –grita Elisa–, que vai a mojar te toas las patas.

–Chútales, hermana, los cartones ya hace hartito rato que se me deshicieron – responde sonriendo el muchachito de cara pálida.

Ya en las puertas de la vieja escuela detienen la carrera; la pequeña Elisa respira profundo para tomar aliento. Se recoge el delantal, toma una de las puntas y la sumerge en un charco de agua clara, se acerca a su hermano menor y con ternura le limpia la cara con la tela húmeda.

–A ver, sácate las legañas –y luego, humedeciendo los dedos con su saliva, peina el tieso chirimote del niño.

–Elisita, sabís que tengo tanto frío, que no siento las manos ni las patas – dice gimoteando Manolo.

–Ya, ven, vamos a irnos derechito pa’ la cocina mejor, ahí debe estar calentito –le responde Elisa apretujándolo contra ella–, vai a ver que ahí con la leche, se te va a pasar todito.

Con timidez los niños se acercan a la puerta de donde sale una volcanada de calorcito con agradable olor a leche hervida y pan caliente. La cocinera al verlos llegar se apiada de aquellas dos sufrientes caritas y acercándose a ellos, les dice con ternura:

–Qué bueno que vinieron, ya los extrañaba –dice enterneciendo la voz–; siéntense ahí, al lado del pollo; con mucho cuidado, no vayan a quemarse.

Coloca frente a ellos sendos vasos de leche espumante con un par de panes calentitos, que los niños comen aceleradamente.

–Pobres niños –piensa–, qué culpa tienen ellos, mi Dios– mientras menea la cabeza un par de veces, y deja frente a ellos un montoncito de esas galletitas de limón, que tanto le gustan a Elisa.

Durante el día, Manolo poquito a poco se va sumiendo en un extraño silencio, su rostro está aún mas pálido que en la mañana, mientras unas profundas ojeras le rodean los ojos. Sus delgados hombros van hundiéndose lentamente un poco más. Sentado en un rincón de la sala con los ojos vidriosos que anuncian fiebre, sus ojitos ya no parecen los mismos.

A la hora del almuerzo, extrañamente no había comido los porotos con cochayuyo que les sirvieron, aun cuando su hermana le insistiera. Ya en la tarde, Elisa se acercó despacito a la joven profesora, y con un susurro de voz le dijo:

–Señorita Irma, parece que el Manolo tiene calentura –dice llorosa, agachando su cabeza

–Elisa –responde la joven–, mejor se van ahora, antes que llueva, y mañana es mejor que no vengán si esta así de malo el tiempo –mientras mira el cielo cubierto de negros nubarrones.

Elisa la escucha en silencio: *La señorita profesora no sabe – piensa – que si no venimos vamos a tener hambre.*

Irma, como adivinando los pensamientos de la niña agrega:

–Dile a tu mamita que si consigo quien me acerque hasta allá, voy a ir a verlos, ¿está bien ? Besa con ternura la frente de los niños y vuelve el rostro, para ocultar su tristeza.

La pequeña toma de la mano a su hermano y comienza a caminar lentamente de vuelta a la casa. Desde la puerta, Irma los ve alejarse con una opresión en el pecho, hasta que desaparecen a una vuelta del camino. Es dura la vida y más lo es para esta joven profesora rural, que ve con dolor la pobreza y la dificultad de sus alumnos que, a pesar de todas las inclemencias, llegan a diario a clases, caminando a veces hasta dos o tres kilómetros de soledad.

De vez en cuando, la niña acerca sus labios a la frente de su hermano, quien parece ir arrastrando los pies.

Luego de caminar un trecho largo, lo mira una vez más y lo ve ya imposibilitado de caminar. Manolo arrastra los pies pesadamente, con los ojos semicerrados, tomado de su mano. Se trajina los bolsillos de su delantal para sentir que aún están ahí las galletitas que le lleva a su madre para que coma con el mate de la noche y decide que debe cargarlo. Se lo acomoda a su espalda y, penosamente, parte entonando de vez en cuando una canción para animarlo.

–Buenas noches los pastores, bom bom bom ..... –canta, conmigo poh, Manolito. Fueron a partir la leña ... y un pequeño nudo se le atravesó en la garganta

Cerca del rancho y sintiendo que sus piernas ya no le acompañan, se deja caer de rodillas y lo baja suavemente, se queda ahí por unos segundos para recuperar fuerzas, e intenta tomarlo nuevamente, pero no puede hacerlo. Lo acomoda al costado de un viejo tronco, lo arropa con su chaqueta y le dice al oído:  
–Manolito voy a dejarte aquí un ratito , corro a buscar a mi mamita y vengo por ti. Manolo ni siquiera abre los ojos, parece no escucharla .

–¡Mamitaaaa, mamitaaaa! –grita –¡Dónde estay, mamita? –solloza la muchachita.

A los gritos de la niña la mujer sale a la puerta del viejo rancho.

–Qué pasa, hija, tanto grito.

–Mi hermanito, mamá, está muy enfermo. Lo traje al apa pero ya no me lo pude y lo deje esperando –dice llorando y limpiándose la nariz con la manga de su chaleca.

La mujer corre detrás de Elisa; el niño ni siquiera se ha movido, parece respirar muy aceleradamente.

–¡Qué te pasa, mi niño, por Diosito! – gime, mientras lo toma en sus brazos y lo lleva hasta la casa.

Llegando, lo acomoda lo más cerca del fuego que puede. *Por suerte, piensa, que en la tarde conseguí traer unos tizones de carbón de la casa de la vecina , así podré mantener caliente el rancho por unos cuantos días.*

Preparó el mate para ella y Elisa, en silencio. Su mirada de mujer sufrida oculta la juventud de su rostro. De vez en cuando, humedece los resacos labios del niño con un manojito de menta y poleo para aliviarle la sed y luego, viendo que Elisa dormita a su lado, agrega unos cuantos tizones al fuego; no los cubre del todo para que duren bastante y agacha también su cansada cabeza hasta que el cansancio y el sueño la vencen.

Sueña que la vida cambia para ella, se ve feliz; ha comprado para Elisa ese lindo vestido de pintas y, para Manolo, esos zapatos que tantas veces han admirado en el almacén. Qué paz, qué tranquilidad.

\*\*\*\*

–¡Elisa, Manolo! –grita la señorita Irma, mientras un flacuchento perro se enreda entre sus piernas, gimoteando.

–Qué te pasa, pequeño, déjame caminar –dice la joven–. ¿Dónde están tus amos? –pregunta.

Al ver que nadie responde, empuja suavemente la puerta y sonríe al ver a Elisa recostada en el hombro de su madre, que con Manolo en brazos muy apretujado parece dormir.

Se acerca lentamente con la canasta con provisiones que lleva en sus manos y que servirán a esa madre y sus pequeños por unos días al menos. Toca la carita del niño y sus ojos se llenan de ese salado líquido que llaman lágrimas.

–Miseria de vida –susurra ahogando un sollozo.

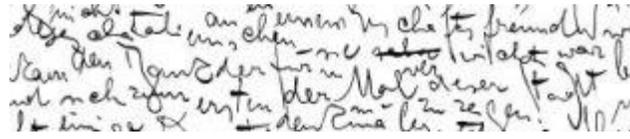
\*\*\*\*

La carreta parece gemir penosamente entre los baches del camino. Un tosco y humilde cajón de sencillas tablas brutas, una madre y sus dos hijos como carga. Unas cuantas figuras silenciosas van detrás, gachas las cabezas. Una lágrima furtiva corre por el rostro de la joven profesora; ésta ha sido una triste navidad.

–¿Por qué, mi Dios –dice en voz baja– no hiciste aquí uno de tus milagros?

El flacucho perro aúlla repetidamente, alzando la cabeza al cielo; el solitario rancho vacío parece iluminarse con una pequeña luz .

...Mientras en un rincón de la humilde choza, sólo queda abandonada una verde rama de pino, que aún despide su fragante aroma ...

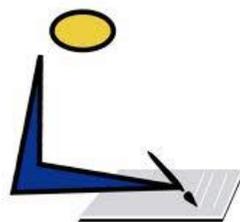


**Dolores González O.** Nacida en Villa Alegre, lugar donde conviven estrechamente, viñedos y naranjos. Tierra linda que impregnó en ella el amor por el campo y sus costumbres. Radicada actualmente en San Bernardo, trabaja en lo que le gusta, como bibliotecaria. Entre libros se siente a gusto y goza con cada letra que llega a sus manos. Casada con dos hijos y una nieta a quienes ha inculcado el amor por su tierra, las letras, el cuento y la poesía.

## ÍNDICE

“Los Querubines”, por Katuska Oyarzún	3
“Pacto”, por Samuel Castillo	9
“Semifinal”, por Mario Bobadilla	14
“Los habanos, el tocadiscos y el óleo”, por Diego Gaete	20
“Los buenos vecinos”, por Marcela Royo L.	23
“Caballo blanco”, por Gonzalo Rivera Z.	28
“Juanito”, por Iván Rojel F.	31
“Como perros”, por Carmen Gloria Baeza	35
“Weichan Batalla”, por Felipe Mujica	42
“¿Dónde está Teresa?”, por Francisca Baeza	48
“Madera de artista”, por Patricio Valenzuela	52
“Le Moulin”, por Alexis Baros L.	55
“Miseria de vida”, por Dolores González	58

### Concurso de Cuento y Poesía “Letras de Chile” 2014



Letras de Chile

[www.letrasdechile.cl](http://www.letrasdechile.cl)

## JURADOS EN CUENTO



**Gabriela Aguilera** es narradora y tallerista. Ha publicado *Doce guijarros*, (cuentos, 1976); *Asuntos privados*, (cuentos, 2006); *Con pulseras en los tobillos*, (microcuentos, 2007); *En la garganta* (cuentos, 2009); *Fragmentos de espejos* (microcuentos, 2011) y *Saint Michel* (micronovela, 2012). Sus cuentos han sido publicados en diversas antologías de Ergo Sum entre 1992 y 2013, así como también en antologías de Chile, Argentina, Venezuela, España y Estados Unidos. Ganó la beca a la creación literaria del CNCA en 2009.



**Yosa Vidal** es profesora de Castellano, Licenciada en Literatura por la Universidad de Chile y Master en Arts por la Universidad de Oregón. Ha sido becaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y también de la CSWS Foundation de la Universidad de Oregón. Ha publicado poemas y cuentos en diversas antologías, entre ellas *Voces menos 30* (2011). Es autora del libro de cuentos infantiles *Érase otra vez* (2011) y la novela *El Tarambana* (Tajamar, 2013).



**Lilian Elphick L.** (Santiago de Chile, 1959). Es Licenciada en Literatura por la Universidad de Chile y editora del portal web Letras de Chile.

Ha publicado *La última canción de Maggie Alcázar* (cuentos, 1990); *El otro afuera* (cuentos, 2002); *Ojo Travieso* (microrrelatos, 2007); *Bellas de sangre contraria* (microrrelatos, 2009); Premio Mejores Obras Literarias Editadas, categoría cuento, del Consejo

Nacional de la Cultura y las Artes. Santiago, Chile, octubre 2010; *Diálogo de tigres* (microrrelatos, 2011); *Confesiones de una chica de rojo* (microrrelatos, 2013) y *K* (microrrelatos, 2014). Mantiene el blog *Ojo Travieso*:

<http://lilielphick.blogspot.com>